

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

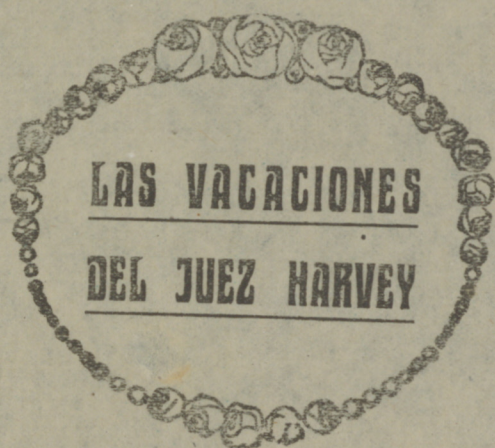


MICKEY ROONEY

Editorial **ALFA**

2'50
PTS.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16; Barcelona - Caños, 3; Madrid

EDITORIAL



Publicación semanal

AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 268

Las vacaciones del Juez Harvey

Un humorismo
lleno de realidades, ad-
viértese en todo el curso de
esta novela, en la que se ha sabido
hacer resaltar todos esos pequeños deta-
lles que parecen tan vulgares, pero que analizán-
dolos de la forma que aquí se hace resulta tema más que
sobrado para que el lector y espectador se sienta
sugestionado por el encanto íntimo que se
desprende de cada una de sus escenas
y que conducen a un final, cuyo
mayor valor es su lógica y
su fuerza realista.

Creación de MICKEY ROONEY

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES

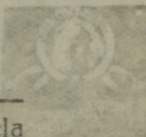
El Juez Harvey.	LEWIS STONE
Andrés.	MIKEY ROONEY
Martita.	Cecilia Parker
Señora Harvey.	Fay Holden
Polita.	Ann Rutherford

Dirección de

GEORGE B. SEITZ

Calle de Mallorca, 201

Narración literaria de la novela
MANUEL NIETO GILÁN



LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL HOGAR DEL JUEZ HARVEY

DESDE hacía muchos años Jaime Harvey ejercía el cargo de juez en aquella pequeña ciudad de los Estados Unidos. Su conducta intachable, su hombría de bien y su buen carácter, habíale hecho acreedor de las muchas y buenas amistades de que gozaba y jamás hubo nadie que acudiera a él que no saliera complacido de su visita.

En su juventud se enamoró perdidamente de una linda muchacha de la misma población llamada Marta, y en su matrimonio con ella, encontró la dicha que tanto deseaba su corazón.

Fué un matrimonio modelo, un matrimonio ejemplo de buena cor-

dialidad y jamás entre los dos esposos hubo una nube que pudiera empañar el cielo de aquella dicha que disfrutaban.

Para mayor felicidad, tuvieron dos hijos, Martita y Andrés. La primera se había convertido, cuando da comienzo nuestra historia, en una linda chiquilla de diecisiete años. Era tan bonita como lo fué su madre a su misma edad, y tenía también el mismo carácter dulce y angelical. Era una de esas jóvenes a las que bastaba verla una sola vez para sentirse atraído hacia ella, por un algo inexplicable y encantador.

Ya en aquella edad, comenzaba a brotar en su corazón las primeras flores de un futuro amor, y sus pen-

samientos juveniles iban perfilándose y dándole forma a cierto galán, que se llamaba Gastón. Buen muchacho a carta cabal, tanto el juez Harvey, como su esposa, veían aquella inclinación de su hija con el beneplácito que unos padres pueden sentir cuando prevén que aquello puede ser la felicidad de su hija.

Andrés era otra cosa distinta de su hermana. Había cumplido los quince años y se creía ya un hombre hecho y derecho. Su padre sostenía con él muchas discusiones, tratándole como si en realidad fuera un hombre, pero siempre haciendo de él lo que le daba la gana.

Esto no implica para que Andrés fuera un chico dócil, un muchacho que acogía los consejos paternos con interés y que siempre terminase por comprender las razones que su padre le daba.

Con ellos vivía también la tía María, hermana de la señora Harvey, mujer de algunos años más que la esposa Harvey, y que había llegado a formar otra persona insustituible en la familia.

Desde hacía muchos años, jamás se vió turbada la paz en aquel hogar, que sin tener el lujo fastuoso de las grandes mansiones, vivía, sin embargo, una vida holgada y sin apremio, gracias a la laboriosidad

del señor Harvey y al buen gobierno de la dueña de la casa.

La única cosa que por aquel tiempo preocupaba al juez era el deseo, mantenido desde hacía algunos años, de ir a pasar unos días de veraneo con su familia. Quería tomarse unas vacaciones, pero las quería emplear en la pesca. Había oído hablar mucho de la pesca del pez espada y había llegado a interesarle tanto, que aquel año decidió poner en práctica su idea e irse con su familia a la Isla Catalina, el lugar más apropiado para dicha pesca.

No había dicho nada de ello a su familia, hasta tener la seguridad de poder emprender el viaje, pero las cosas se habían ido arreglando a medida de sus deseos y por fin aquel año podría realizarlos.

Había dejado ya todos los asuntos arreglados, y una mañana, cuando ya estaba a punto de marchar a su casa, tuvo que decidir sobre un juicio de faltas. La acusada era una muchacha joven y el juez Harvey la amonestó con aquella severa benevolencia suya diciéndole:

—El embriagarse está feo siempre... En un hombre es malo; en una mujer, peor; pero en una chica es intolerable...

La muchacha bajó la cabeza avergonzada por las palabras del juez, y éste siguió diciéndole:

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—María, ha cometido usted una chiquillada, y así el castigo será propio de una chiquillada también. Queda usted condenada durante treinta días a acostarse a las seis de la tarde.

La muchacha se le quedó mirando asustada. Para ella era aquél el castigo mayor que podía imponérsele y exclamó:

—¡Treinta días!

—Treinta días, María, acostándose temprano.

—Es que...—intentó protestar la muchacha.

—Ya está dicho — terminó el juez Harvey—. Se da por terminado el juicio.

Tenía prisa aquel día el juez Harvey por llegar a su casa. Quería notificar a su familia su decisión de salir unos días de vacaciones, y esto hizo que, en cuanto terminó la vista del juicio, entrara en su despacho para recoger el sombrero y marcharse.

Al entrar en el despacho vió que había un hombre que lo estaba esperando y esto le contrarió. Indudablemente aquella visita le retendría más tiempo todavía. No obstante, trató de disimular su contrariedad, y reconociendo al visitante le dijo amablemente:

—Hola, ¿qué tal, Félix?

—Bien, señor juez—respondió el

otro levantándose rápidamente al darse cuenta de su entrada.

—Siéntese, siéntese—le dijo el juez—. Dígame qué desea.

Félix, antes de hablar, se pasó la mano por la frente y luego haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le respondió:

—No esperaba yo que nos encontráramos otra vez en su despacho hablando como amigos, señor juez.

El señor Harvey sonrió y le preguntó:

—Todavía le escuece mi oposición al acueducto, ¿eh?

Félix suspiró tristemente y respondió:

—Mal negocio hicimos algunos...

—Sí, ya sé que se encuentra usted apurado — le respondió el juez—. He oído que, llevado de su confianza en el acueducto, compró los terrenos que pudo, hipotecándolo todo.

—Así es. Es verdad todo eso que le han dicho.

—También me han dicho—siguió diciéndole—que está próximo a perder hasta la camisa y su periódico... No me importa su camisa, Félix, pero el periódico, sí, porque le importa a la ciudad.

Félix bajó la cabeza. Comprendía todo lo que quería decirle el juez con aquella especie de recrimina-

ción, y el señor Harvey le preguntó a continuación:

—¿Quién tiene la letra?

—La tiene Wells.

El juez Harvey sonrió comprendiéndolo todo. Conocía de sobras a aquel individuo y sabía que era capaz de todo, con tal de hacer un buen negocio, por lo que exclamó:

—¡Oh! entonces Wells no sólo quería el acueducto, sino también negociar con las tierras... Félix, yo me opuse a su acueducto, pero soy incapaz de empujar a ningún vecino mío a la bancarrota. ¿Cree usted que Wells le daría una prórroga si yo avalara la letra?

—Yo creo que no se negaría

—respondió Félix, viendo en aquella proposición su única manera de salvarse.

—Bien—terminó diciendo el señor Harvey, al mismo tiempo que se levantaba para marcharse—. Lleve los papeles a casa esta tarde y los firmaré. Perdóneme esta prisa, pero

es que voy de vacaciones... Son las primeras vacaciones desde hace nueve años... Quiero ir a la pesca del pez espada, en la isla de Santa Catalina, California. Quiero pescar uno que llegue a pesar lo menos cien kilos.

—Hace usted bien, señor Harvey—le dijo Félix—. Ya tiene usted derecho a unos días de descanso y la familia se divertirá mucho.

—Eso creo yo también, aunque todavía no le he dicho nada.

Acompañó el mismo juez a Félix hasta la puerta, y una vez allí, se despidieron marchando el señor Harvey hacia su casa para comunicar a toda su familia la resolución que había adoptado de marchar a pasar las vacaciones a la isla de Santa Catalina. Deseaba que aquella proposición suya fuera del gusto de todos, y aunque esperaba que siempre habría alguna dificultad por parte de alguno, pensó que ya se daría él maña para convencerlo y salirse con la suya.

DISCREPANCIAS FAMILIARES

CUANDO el juez Harvey se casó, habitó durante algún tiempo en una casita de su propiedad. Aun cuando ésta era pequeña, era, sin embargo, lo suficiente para él y su esposa. Pero a medida que nacieron sus hijos y sus ingresos fueron mayores, se edificó una nueva casa, más amplia que la anterior, y se trasladó a ella con su familia.

Sin que su nueva mansión dejase de ser la de un hombre modesto, el juez Harvey, que era ante todo un hombre práctico, había reunido en ella el máximo de comodidades. Aprovechando el espacio de terreno que dejaba libre la edificación, había hecho un jardín, antes de llegar al cuerpo del edificio y allí, en verano, solía pasar la familia las vela-

das. Cuando los niños fueron pequeños les sirvió también para jugar, y ahora, Martita lo utilizó muchas veces para hablar con Gastón, lo mismo que en aquellos días de ausencia de éste lo utilizaba Andrés para hablar con su amiga Polita, hija de la señora Benedicta, íntima amiga de la familia Harvey.

La señora del juez Harvey, al darse cuenta de la hora que era y de que pronto llegaría su esposa, llamó a Martita, que estaba escribiendo a Gastón, y le dijo:

—Martita, hay que poner la mesa.

La muchacha, engreída con la escritura, no le contestó y su madre volvió a decirle:

—¿Me has oído, Martita?

—Sí, mamá. Voy en seguida—

respondió la joven, pero sin dejar de escribir.

Volvió nuevamente la señora Harvey donde estaba su hermana y su amiga, y le preguntó a aquélla:

—¿Has visto a Andrés?

—Seguramente estará columpiándose con Polita—respondió a su hermana María.

Y en efecto era así. Andrés se hallaba con Polita columpiándose en el sofá-columpio que había en el jardín y la joven le iba refiriendo sus temporadas de veraneo diciéndole:

—Todos los años nos divertimos horrores en Puebla de Mar... Yo creo que moriría si dejáramos de ir un verano allí.

—¿Y en qué os divertís?—preguntó Andrés.

—Allí hay muchas diversiones y personas simpáticas.

—¿Personas?—exclamó dudando Andrés—. ¿Serán chicos?

Quedaron unos segundos en silencio y al fin tuvo Andrés una idea que inmediatamente se la comunicó diciéndole:

—Oye, Polita, si te vas a veranear y yo me quedo clavado en este poblacho..., ¿sabes qué pienso?

—¿Qué?

—Pues que tendrías que darme un beso de despedida.

—¿Y por qué?

Andrés no sabía tampoco por qué tendría que darle aquel beso y se contentó con responderle:

—Qué sé yo, pero yo creo que sí, que tendrías...

—Tal vez lleves razón—respondió la muchacha—, cuando me vaya...

—Bien. Y ¿no crees que debería ir entrenándome un poco ahora?

Ella le miró extrañada. Los dos eran dos chiquillos que ni siquiera se daban cuenta de lo que decían, pero así y todo, Polita lo rechazó diciéndole:

—¡Qué cosas dices, Andrés!

La señora Benedicta salió de la casa y llamó a su hija diciéndole:

—Polita, di a Andrés que lo llame su mamá.

La muchacha se despidió de su amigo después de haberle dado el encargo, y Andrés echó a correr hacia el interior de la casa. Alocado, como siempre, dió un salto para subir los dos últimos escalones y cayó de rodillas delante de su madre, que le preguntó asustada:

—¿Por qué haces eso? ¿Te has hecho daño?

—No ha sido nada, mamá.

—Eres un loco—le volvió a reprochar su madre.

—No te preocupes por eso, mamá, y dime si está ya la comida... Me comería un caballo.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Hemos de esperar a que llegue tu padre—le respondió su tía María; en vista de que su hermana se había ido al interior de la casa.

Al cabo de unos minutos volvió otra vez Marta y le dijo a su hermana:

—He tenido que poner la mesa yo misma. A veces quisiera que Jaime empleara por fin a Gastón Trent aquí, en Carvel... Veríamos más a Martita y no se pasaría el día escribiendo.

—Mamá — exclamó Andrés que de pronto había tenido un pensamiento.

—¿Qué te ocurre a ti?—le preguntó su madre.

—¿Me dejas el auto esta noche?

—No, señor—le respondió—. ¿Es que no te cansas de pedir? Cuando cumplas los dieciséis años, entonces te lo dejaré... Mira, ahí está tu padre. Viene hablando con Eduardo Carter.

En efecto, el juez se despedía desde la puerta de su casa de aquel amigo que se había encontrado en el camino y a quien le había dado cuenta del deseo que tenía aquellos días de vacaciones, diciéndole al final:

—En fin, voy a ver si pesco un pez-espada de cien kilos en la Isla de Santa Catalina... Es decir, si mi

familia quiere ir allá... Aun no les he dicho nada de esto.

Se despidieron por fin los dos amigos y el juez entró en su casa, y al ver a su mujer le saludó diciéndole:

—Hola, Marta.

—Hola, querido—respondió ella.

Entraron al interior, y al ver toda la familia reunida, exclamó alegremente:

—Bien, bien. Esto es un comité de recepción... Traigo buenas noticias.

El juez se refería a la noticia que iba a darles de las próximas vacaciones y del próximo viaje.

—¿Te has acordado de traer el grifo para el lavadero?—le preguntó su mujer.

El juez, con aquella bondad tan característica en él, se excusó diciéndole:

—Marta, ya te dije que debías haberme atado un hilo en el dedo para que me acordase.

Fué a hablar nuevamente de las vacaciones y su cuñada le preguntó:

—¿Hacía calor en el pueblo, Jaime?

—Sí, un poco. Pues veréis lo que os iba a decir.

—Oye, papá—le interrumpió Andrés—. ¿Quisieras traerme mañana otra raqueta?

En aquel momento entró Martita, que por fin había terminado de escribir a Gastón, y saludó a todos diciendo:

—Buenas tardes... Mamá, ¿me habías dicho algo de la comida?

—Sí; te había dicho algo de poner la mesa... Vamos a comer... Andrés, no te olvides de lavarte las manos.

Y como todos se pusieron en pie para marcharse hacia el comedor, el juez se encogió de hombros resignadamente y se dijo a sí mismo:

—Bueno..., las buenas noticias que esperen.

La comida transcurrió sin que el juez pudiera decir nada de aquellas vacaciones que tanto le entusiasmaron, y al terminar quisieron salir hacia el jardín, pero el señor Harvey les detuvo diciéndoles:

—Esperad un momento.

—¿Qué te pasa, papáito?—le preguntó Martita.

—Pues sencillamente, que hace más de una hora que estoy intentando deciros que nos vamos de vacaciones.

—¿De vacaciones? — preguntó Marta extrañada.

—¡Qué bien!—exclamó Andrés.
—Iremos a Puebla de Mar.

—No seas tonto—le dijo su hermana—. Iremos a Lago Bello.

—Pero, ¿quién querrá ir a aquel poblacho?—volvió a decirle Andrés.

La madre intervino conciliadora diciéndoles:

—Vamos, niños, haced el favor de callar.

—Es que ella quiere meternos en aquel pueblo estúpido porque está allí Gastón.

Martita comprendió que su hermano decía aquello para mortificarla, y para intentar molestarlo, ella también le respondió:

—Pues allí hay chicas más guapas que Polita, para que te enteres.

Andrés llamó en su auxilio a su madre, y le dijo:

—Mamá, ¿pero es que la vas a dejar que me hable así?

La buena Marta intentó poner paz entre sus dos hijos y le dijo a Martita:

—Tú, cállate, y tú, Andrés, haz el favor de quitar los pies del sofá... Eso está ya arreglado.

Su esposo la miró sin comprenderla y le preguntó:

—¿Cómo?

—Sencillamente; tomaremos una casita en Arenas Baja. Así le daremos una gran alegría a la tía Milagros y al tío Enrique.

El juez Harvey miró sorprendido a su mujer. Veía que se le disipaba el veraneo en Isla Santa Catalina y que su deseo de pescar un pez-es-

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

pada también se esfumaba y exclamó:

—¿Pero es que quieres ir a pasar las vacaciones al lado de tus parientes?

—Desde luego. Prefiero eso a ir a un sitio donde no conozco a nadie. Además, Jaime, sabes ya cómo se portan tus parientes con nosotros.

Martita, sin embargo, no estaba conforme con aquella idea de su madre. Pensaba que gracias a las vacaciones tenía la ocasión de poder estar al lado de Gastón y por lo mismo protestó diciendo:

—No sé por qué no podemos ir a Lago Bello. Encontraríamos toda clase de facilidades.

Andrés se echó a reír al oír a su hermana y exclamó, con la espontaneidad tan característica en él:

—Ya verás cuando le diga yo a Gastón que le has llamado «facilidades».

Su hermana, sin hacer caso de aquella interrupción de Andrés, siguió diciéndole a su madre:

—¡Oh! mamá Arenas Bajas es aburridísimo.

—Oye, mamá... ¿Por qué no vamos a Puebla de Mar? Hay mucha gente simpática allí.

—Andrés—le dijo tranquilamente su madre—. No vamos a ir de vacaciones adonde a ti te guste y

porque vaya allí Polita... En primer lugar yo iré...

Antes de acabar la frase sonó el timbre de la puerta y el juez le dijo a su esposa:

—Acaso sea Félix Redmond. Si es él hazlo pasar a mi despacho. Allí le espero.

Y mientras que su esposa iba a abrir la puerta para ver quién era la visita, el juez buscó mentalmente la forma con la cual pudiera convencer a toda su familia para que eligiesen el mismo sitio que él había elegido y accediesen a su deseo, sin que ellos mismos se dieran cuenta.

En la puerta se encontró Marta con el cartero que le entregó un paquete diciéndole:

—Es un paquete contra reembolso.

—¿No será una equivocación?—preguntó Marta.

—No, señora. Trae bien clara la dirección. Son ciento cuarenta pesetas.

—Jaime—llamó la señora Harvey a su marido—. ¿Quieres venir para pagar esto?

El juez salió adonde estaba el cartero y reconociendo el paquete, le entregó el dinero, absteniéndose, desde luego, de abrirlo en presencia de su familia.

Nuevamente reunidos todos para decidir el lugar del veraneo, Andrés

fué el que primero tomó la palabra para que le dijeran de una vez dónde era el lugar en donde irían a veranear.

—Por fin ¿dónde iremos?... Quiero decírselo a Polita.

La hermana de Marta, que se daba cuenta de que su cuñado ya tenía elegido el sitio, le preguntó sonriendo:

—Jaime, ¿dónde te parece a ti que podríamos ir?

—Pues todavía no lo tengo pensado—respondió el juez—. Pero creo que Isla Catalina, en California, es un sitio verdaderamente maravilloso.

—Pero California está muy lejos, a muchos kilómetros de donde se encuentra Gastón—protestó Martita.

—¿Y qué diversiones hay allí?—protestó también Andrés—. Vamos a Puebla de Mar, papá.

—¿A Isla Catalina?—protestó también Marta—. Para eso ya me daría lo mismo ir a Nueva Zelanda.

—Vamos a ver—preguntó María más razonable que nadie—, ¿por qué tienes el capricho de ir allí, Jaime?

—Pues, en primer lugar, tendríamos ocasión de hacer un largo viaje y adquirir nuevas relaciones.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó Marta.

—¿Las vacaciones para qué son?—preguntó su esposo—. Para descansar, desde luego, tonificar el sistema nervioso, pero para mí son algo más importantes, y ese viaje nos daría ocasión de ampliar el círculo de nuestras amistades... hablar y cambiar impresiones con ellas y hacer intimidad. Y por eso es mi deseo de ir tan lejos... La familia Harvey necesita nuevos horizontes, y Catalina nos los brinda... Además, Martita podría ver Hollywood y Andrés podría aprender a llevar una piragua en Hawai... y mucha diversión para todos. Pero si no os interesa, yo no he dicho nada.

Otra vez volvieron a llamar a la puerta y otra vez volvió a decir el juez:

—Ahora sí que debe ser Félix Redmond. Iré yo mismo a abrir.

Salió en busca del visitante, y mientras tanto su familia se quedó haciendo comentarios sobre lo que había dicho el señor Harvey referente a aquel viaje.

Martita, después de permanecer unos minutos en silencio, pensó que nunca se le ofrecería la ocasión como aquella vez para conocer la Meca del cine, y preguntó:

—Isla Catalina está cerca de Hollywood, ¿verdad?

—Creo que sí—respondió su madre.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Oye—exclamó Andrés, a quien aquello de conducir una piragua le resultaba la mar de gracioso—, yo vi una piragua de esas de Hawai en un Noticiario la otra noche.

Y cada uno por su parte fué en-

contrando un motivo razonable para realizar aquel viaje que había propuesto el señor Harvey, mientras que éste hablaba con Félix, sin preocuparse por ahora de los días de vacaciones.

LA DECISION DE TODOS

—Entonces, llegué con el tiempo justo para verlos. Los tres, como siempre, estaban en la sala de la casa. Al verlos, me quedé un momento en silencio, mirándolos a los tres. Luego, me acerqué a ellos y les dije: —Buenos días, señores. ¿Cómo están?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Andrés. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo el señor Harvey. —Y usted?

—Bien, gracias —dijo Félix. —Y usted?

LA DECISION DE TODOS

COMO había sospechado el señor Harvey, era Félix Redmond el que había llamado. Al abrirle la puerta, el juez lo saludó afablemente y le dijo:

—Entre a mi despacho. Allí hablaremos con más libertad.

El mismo le guió hasta allí, y una vez que se hubieron sentado, el juez le preguntó:

—¿Trae la letra?

—Sí, señor; aquí la tiene usted.

El juez miró la letra y antes de avalarla le preguntó:

—¿Está usted seguro que podrá cumplir el primero de septiembre?

—Segurísimo, señor juez. No pase usted cuidado por eso.

El señor Harvey, que era un hombre que se fiaba siempre de la hon-

radez de los demás, no dudó un instante en que Félix cumpliría su palabra y la firmó al mismo tiempo que le decía:

—Entonces, llegaré con el tiempo justo para romperla.

Una vez que Félix tuvo la letra en su poder con la firma del juez, gracias a lo cual escapaba de la ruina, quiso mostrarle su agradecimiento diciéndole:

—Se lo repito a usted, señor Harvey, si no fuera por los que dependen de mí, no le pediría esto.

—Bah, no tiene importancia. Lo más interesante es que se defienda usted. Por ahora ya puede respirar más tranquilo.

—Gracias otra vez, señor juez, y buenas noches.

—Buenas noches, Félix.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY.

Al salir se encontró con Martita, que iba en busca de su padre, y la saludó, respondiendo la muchacha:

—Muy buenas noches, Félix.

En la puerta del despacho se detuvo la joven para pedir permiso a su padre y le preguntó:

—¿Te estorbo?

—Oh, no, hijita, pasa. Tú no estorbabas nunca.

La chiquilla se acercó a su padre y le preguntó mimosa:

—Oye, papá,

—¿Qué?

—Me parece que tal vez tengas razón.

El juez afectó no darse cuenta de lo que quería decirle su hija y preguntó:

—¿Razón? ¿Sobre qué?

—Sobre eso de las nuevas amistades... Eso de conocer Hollywood... Creo que debemos ir a Catalina.

El señor Harvey sonrió interiormente pensando que ya había una que había picado el anzuelo. Mas así y todo preguntó él ahora:

—¿Tú crees?

—Sí, sí, desde luego, papá. Debemos ir a Catalina.

—No sé, no sé—respondió su padre—; Catalina está muy lejos y tú has de pensar en Gastón. ¿Cómo lo harías?

—Le escribiré diciéndole que vamos allí por tratarse de un viaje ins-

tructivo. No creo que pueda enfadarse por eso.

—Te advierto que no debes hacerlo por mí—le dijo su padre—. Yo no tengo el menor interés en ir.

El señor Harvey sabía que de aquella forma sería aun mayor el interés de su hija y por esta razón afectaba aquella indiferencia que estaba tan lejos de sentir.

—Sí, papá — insistió la muchacha—, por favor, vayamos a Catalina.

El señor Harvey quedó unos minutos en silencio y al final respondió, como quien toma una rápida resolución:

—No, desde luego no iremos. Será mejor olvidarlo.

Martita se vió ahora contrariada en sus deseos. Y como la juventud no hay nada que tanto quiera como aquello que se le niega, salió del despacho de su padre casi llorando, para decirle a su madre que había desistido del viaje.

Poco después entró la señora Harvey y le preguntó a su marido:

—¿Qué le has dicho a la niña?

—Sólo ha sido una broma... Y a ti, ¿qué se te ha ocurrido ahora?

—Pues que ya tengo la solución para las vacaciones.

Su marido la miró socarronamente y le preguntó:

—¿Cuál es?

—Pues que vayamos a Catalina.

—Bien... ¿Y cuándo lo has decidido?

—Ahora mismo. Lo he pensado bien y creo que tienes razón, además será un tema magnífico para la conferencia que daré en el Club de Señoras en otoño.

El señor Harvey, siempre con aquella socarronería suya, le respondió:

—No, Marta. Tú y María estaréis lejos de vuestros parientes. ¿Qué les diríamos?

—Les diríamos que vengan ellos a vernos en octubre. ¿No te parece bien?

—No sé, no sé—respondió dándole el juez—. En fin, ya veremos.

La señora Harvey, dando ya por un hecho el viaje, siguió diciéndole:

—Estoy pensando los baúles que necesitaremos... Ah—le dijo sonriendo y para demostrarle que no le engañaba—, no compres más avíos para pescar... Ciento cuarenta pesetas... ¡Qué barbaridad!

—¿Por qué protestas, mamá?—preguntó Andrés, que entraba en aquel instante y que oyó las últimas palabras de su madre.

La señora Harvey no le respondió y fué su padre quien le dijo:

—Andrés, cada día estoy más convencido de lo célebre y notable que es tu madre.

Andrés se sentó en el sillón de su padre, puso los pies sobre la mesa y el juez Harvey le reprendió diciéndole:

—Oye... ésa es mi mesa y éste es mi despacho... Esa postura la adoptas en tu cuarto.

—Muy bien, papá... Oye, otra cosa: ¿sabes que es una buena idea eso de ir a Catalina?

—¿Tú lo crees?

—Sí —afirmó Andrés convencido—. Al principio no quería, pero ahora estoy conforme.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ningún chico de los que conozco ha ido nunca a veranear tan lejos... Oye, podré retratarme pilotando una de esas piraguas.

—Te advierto que eso no guarda relación con Puebla de Mar—le dijo burlonamente el juez, sin que Andrés lo advirtiera.

—Pero es mejor, ¿verdad?

—No creas—le dijo su padre.

—¿No?... Yo creí que...

—Hombre, te diré —le atajo el señor Harvey—, es más despejado.

—Pues eso es precisamente lo que yo quiero, despejarme... Puedo empezar a telefonar.

—¿Telefonar?... ¿A quién?

—Pues a todo el pueblo. Es preciso que todos sepan que vamos a Isla Catalina.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Espera, espera—le aconsejó el señor Harvey—. Es mejor que hables antes con tu madre.

—¡Pero si ella quiere ir!—exclamó Andrés.

—Pues entonces... No hay más que hablar... Todos a Isla Catalina...

A pasar unas buenas vacaciones... a despejarnos, como tú dices ...Bien, Andrés...

El muchacho, loco de alegría, corrió a dar la noticia a toda la familia de que ya estaba decidido el viaje a Isla Catalina.

ISLA CATALINA

HABÍA quedado fijado el día de la partida. Durante el tiempo que faltó para la fecha fijada se iniciaron todos los preparativos. Andrés lo comunicó a Polita y a todos sus amigos y habló de aquella población donde habían conocido algo sobrenatural. Ponderó imaginativamente las bellezas y hasta hubo noche que se lo contaba a aquellas amigas que él había visitado en el Noticario y en las que él se veía como conductor. Martita también se lo comunicó a Gastón. Fue en una carta muy larga llena de excusas y en la que ponía como razonamiento principal la imposición de sus padres de ir a Isla Catalina en vez de a Puñal de Mar. Pero aparte de esto

ISLA CATALINA

HABIA quedado fijado incluso el día de la partida. Durante el tiempo que faltó para la fecha fijada se hicieron todos los preparativos. Andrés lo comunicó a Polita y a todos sus amigos y habló de aquella población donde debían ir como de algo sobrenatural. Ponderó imaginativamente sus bellezas y hasta hubo noche que soñó con aquellas piraguas que él había visto en el Noticiario y en las que él se veía como conductor.

Martita también se lo comunicó a Gastón. Fué en una carta muy larga llena de excusas y en la que ponía como razonamiento principal la imposición de sus padres de querer ir a Isla Catalina en vez de ir a Puebla de Mar. Pero aparte de esto

Martita se vió muchas veces imaginativamente codeándose con aquellas «estrellas» del cine a quienes tanto había admirado en la pantalla y sintiéndose envidiada por sus amigas cuando, a su regreso, les contase todas aquellas maravillas que había visto en Hollywood.

Todos y cada uno según sus deseos vió en aquel viaje el logro de una aspiración y por eso se esperaba el momento feliz de la marcha con un deseo incontenible.

Y como todo llega en este mundo, llegó también el día de la partida. Todo estaba a punto, pero así y todo hubo las precipitaciones de los últimos momentos, las insignificancias, que por ser tales, nadie se había acordado de ellas, y que había que subsanar en las últimas horas, hasta

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

que por fin la familia Harvey partió de la población para dirigirse a aquella Isla Catalina de los ensueños de todos.

A pesar de sus años, podía decirse que el que más gozaba de la familia era el señor Harvey. Durante aquellos días que duró la travesía, se sintió inmensamente feliz. Veía a su alrededor a las personas queridas disfrutando de una dicha adquirida por él a fuerza de trabajo y honradez. Contemplaba a Martita hecha ya una mujercita casadera, admiraba su gracia juvenil y la inocencia de su alma, que tanto su madre como él habían sabido mantener incólume sin que las manchase la modernidad de las costumbres. Veía por otro lado a su Andrés. Era un chico robusto, sanote a carta cabal y que poco a poco se iría convirtiendo en su mejor amigo. Por esto le gustaba la franqueza de su carácter sin doblez alguna. Ciertamente que era en muchas ocasiones algo impetuoso, pero esta impetuosidad era hija precisamente de aquella nobleza de alma que le hacía decir lo que sentía, porque le nacía del corazón y no sabía fingir sus sentimientos.

Y sobre todo veía a su mujer, a aquella compañera de toda su vida, la que supo sufrir resignada los tiempos de escasez y supo ser buena administradora de lo que él ganó con

su trabajo. ¿Cuántos años habían pasado desde entonces? Apenas era una muchacha cuando la conoció y ahora ya era madre. Algunos hilos de plata que adornaban su frente la hacían aun más bonita a los ojos de Jaime Harvey, y en aquella tarde de verano, tranquila como la superficie del mar por donde navegaban, aquella brisa fresca que acariciaba la frente de los viajeros y aquel murmullo de la orquesta del barco que llegaba hasta ellos, transportaban el alma del juez Harvey a un mundo privativo de los que solamente saben contentarse con la dicha del momento y dar las gracias a Dios por que se la conceden.

Sentados cerca de la barandilla del barco se hallaban los dos esposos, cuando se les acercó María y les preguntó:

—¿Cómo va eso?

El señor Harvey sonrió bondadosamente y respondió:

—Bien, mejor dicho, «esto va macanudo», como diría Andrés.

Se alejó María, y el barco fué acercándose a tierra. El señor Harvey se la señaló a su mujer diciéndole:

—Mira, Marta... Allí es... ¿Y los chicos?

—Estarán bailando—respondió su esposa.

—Yo iré a buscarlos—dijo Ma-

ría, que se había detenido un momento y había oído la pregunta de su cuñado.

El señor Harvey sentía una satisfacción enorme al verse por fin cerca de la Isla Catalina. Contempló a su esposa y le dijo sonriendo:

—Marta, ¿no te han dicho alguna vez todo lo hermosa que eres?

¿Qué mujer no se siente feliz al oírse llamar hermosa por su marido al cabo de muchos años de casada?

¿Qué mujer no se siente dichosa al darse cuenta de que a pesar de los años transcurridos de matrimonio su esposo sigue encontrándola hermosa? Y la señora Harvey sintió también aquella dulzura amorosa, pero supo esconderla ruborosamente, como una joven oculta por primera vez sus sentimientos amorosos, y respondió:

—Estabas muy entretenido con tus leyes.

—Sin embargo, sabes que siempre me lo pareciste—volvió a decirle el juez Harvey, al mismo tiempo que la rodeaba el cuello con su brazo, haciéndola protestar.

—Jaime, por favor, que nos están mirando... Piensa que ya no tenemos veinte años.

—Pues me alegro—le dijo su marido— No quisiera tampoco tenerlos. Estoy muy conforme con nuestra edad... Ahora te tengo segura,

tengo el cariño de mis hijos y sólo tengo ya una preocupación, el pescar al pez-espada.

—¿Lo crees así?

—Seguro.

Y Marta no quiso quitarle aquella seguridad diciéndole que aun tenía dos hijos por quienes preocuparse, porque advertía que en la mirada de su marido una felicidad tan grande que comprendía que era una crueldad el sacarlo de aquel mundo tan bello donde estaba viviendo unas horas para llevarlo a la realidad de la vida.

Como había dicho Marta, Andrés y Martita se hallaban en el salón de fiestas del barco bailando entre otras muchas parejas jóvenes que habíar allí. Pero entre todas ellas, la que llamó desde un principio la atención de Andrés fué la que formaba Tina Lane y otro joven de su misma edad llamado Carlos.

Los dos vendrían a tener la misma edad de Andrés, pero bailaban tan a lo moderno, que sus pies y sus cuerpos se contorneaban de una forma tal que parecía imposible que hicieran aquello sin romperse alguno de sus músculos. Andrés estaba admirado de verlos bailar, y Martita que lo advirtió le dijo:

—¿Te has fijado que ridícula es esa pareja?

—Lo que yo no sé es cómo harán

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

esas cosas tan raras — respondió Andrés intentando imitarlos. Pero su hermana, que no era del mismo parecer, protestó por aquello y dijo:

—Por Dios, Andrés, ¿qué estás haciendo?

—Si no te gusta bailar así, déjame en paz—respondió el muchacho, que no apartaba los ojos de la pareja en cuestión.

—Me voy a tomar el fresco—terminó diciéndole su hermana y dejándole plantado—. No voy a estar aquí sufriendo sólo porque tú quieras aprender a bailar.

Andrés la dejó marchar y se recostó sobre el quicio de la barandilla, cerca de la puerta, para seguir admirando las contorsiones de aquella paraje, a quien veía por primera vez.

Ella era, como ya hemos dicho, Tina Lane, una de estas niñas criadas a la moderna, a quienes se les permite todas las ocurrencias por extravagantes que sean. Hija única de un millonario, tenía todos sus caprichos satisfechos y viajaba sola de un lado para otro, adquiriendo esas costumbres que en tan en duda ponen a la moral y la que muchos han dado en llamar «modernidad» por no darle otra palabra y nombre más expresivos.

Al cabo de un rato dejaron de bailar y Carlos echó una mirada des-

pectiva para los que seguían bailando, diciéndole a Tina:

—¡Qué gente tan aburrida hay aquí!

Tina salió, siguiendo a su compañero, pero al pasar cerca de Andrés éste le puso el pie y estuvo a punto la muchacha de dar con su ligero cuerpecito en el suelo. Se volvió rabiosilla hacia Andrés y le dijo:

—Oye, si quieres entrenarte conmigo, no malgastes las fuerzas. ¿Qué te has creído, idiota?

—Lo siento—respondió un poco cortado Andrés—. Le pido mil perdones.

—Apuesto a que te han dado ganas de llorar—exclamó ella sonriendo, más complacida por el encuentro. Y al ver que su antiguo compañero se volvía hacia ella le ordenó, como persona que está acostumbrada a ser obedecida siempre—: Carlos, ¿quieres ir a buscarme el abrigo al guardarropa?

—Muy bien — respondió Carlos, mirando con cierta prevención a Andrés—, pero tú me esperas aquí, ¿oyes?

El muchacho se alejó para cumplir el deseo de Tina, mientras que ésta se reía de él y le decía a Andrés:

—¿Te has fijado? Es un gamba con gafas... Oye, ¿te quedas en la isla?

—Yo, sí, ¿y tú? — le preguntó

Andrés, quien ya había vuelto a ser el muchacho locuaz de siempre.

—Sí—replicó ella—. Yo me hospedo en el hotel Santa Catalina.

—Nosotros tomaremos una casita.

—¿Tienes familia?—le preguntó Tina.

—¡Claro! — respondió Andrés, para quien aquella pregunta holgaba—. ¿Y tú no la tienes?

—Yo la tendré cuando mi madre vuelva de Reno—le explicó Tina—. Me ha mandado a esta playa a pasar el verano.

—¿Vienes aquí por primera vez?

—le preguntó Andrés, convertido ya en amigo de Tina.

La chica hizo un gesto como si se extrañara de que le hiciese aquella pregunta y respondió:

—Voy y vengo dos o tres veces cada semana, en avión. Ahora he venido en barco porque el avión le molesta a ese tonto. ¿Vendrás a verme al Casino?

—Sí—respondió Andrés. Y al ver que su tía María le buscaba dió por terminada aquella conversación y salió al encuentro de su tía.

LA INSTALACION VERANIEGA

EL barco había llegado ya a la pequeña bahía de la isla y desde él podía verse la multitud de veraneantes que había en la playa. Desde la barandilla del barco podía apreciarse fielmente un enorme gentío que se bañaba en la playa y entre ésta y el barco, a una distancia de pocos metros de este último, había un muchacho subido sobre una plancha de madera y jugaba con una foca, enseñándole un pez para que ella lo alcanzase.

A Martita le llamó la atención desde el primer instante aquel muchacho. Tenía un rostro simpático y había un algo especial en él que le hacía atractivo.

Iban ya los pasajeros desembarcando y la tía María tuvo que llamar

la atención de Martita, que se quedaba retrasada mirando al joven bañista y decirle:

—Anda, nena... Martita, vamos, anda.

La muchacha siguió a sus padres, al mismo tiempo que el juez Harvey, que conocía la isla por las muchas fotografías que había comprado de ella, le explicaba a su hijo:

—Fíjate, Andrés. Aquél es el muelle de la pesca. Allí es donde se alquilan las canoas.

—Sí, sí — respondió Andrés, a quien le importaba poco lo de la pesca—. ¿Dónde estará el hotel Santa Catalina?

—No te preocupes de eso — le dijo su madre—. Busquemos al dueño de la casita para que nos diga dónde está.

Y unas horas después, toda la familia Harvey se hallaba ya instalándose en la casita que al efecto el padre había alquilado de antemano. El trabajo en aquellas horas, últimas del día, era enorme. Había que desembalar las cosas que habían traído, para ir colocándolas en su sitio, y el señor Harvey, a quien le preocupaba más que nada el asunto de la pesca, le preguntó a su mujer:

—Oye, Marta, ¿hemos traído algún despertador?

—Sí—respondió ella—, lo metí entre las camisas de Andrés. ¿Por qué?

—Porque a las cinco de la mañana tengo que ir de pesca con el capitán Swanson.

—¿A las cinco?—preguntó asombrada la buena mujer—. ¿Pero es qué hemos venido de vacaciones para levantarme a las cinco de la mañana?

—Oye, mamá—gritó desde el interior Andrés—. ¿Dónde están las camisas que no las encuentro?

—Busca el despertador y encontrarás las camisas. Están juntos.

Andrés miró a su madre sonriendo y le dijo:

—Oye, mamá, con esas referencias es muy fácil encontrarlas!

El señor Harvey, que advirtió aquella ironía con que había hablado Andrés, le reprendió diciéndole:

—Oye, Andrés, me parece que la ironía no se ha hecho para con tu madre.

—Y que se prepare en lo sucesivo—le amenazó, como siempre, su madre, para no cumplirlo—. Por cierto que tendrás que dormir en el vestíbulo.

—¡Qué bien! Junto a la calle.

—Sí, pero ya nos enteraremos a la hora que entras, pollo... Ten este traje y llévalo al dormitorio de tu padre.

—Bien. ¿Y dónde lo pongo?

—Es verdad que en el armario ya no hay sitio.

—No sé para qué has traído esto tan sucio y tan viejo—le dijo Andrés al mismo tiempo que se marchaba a cumplir la orden materna.

Su madre lo vio alejarse y le llamó la atención a su marido diciéndole:

—¿No has notado el afán que tiene Andrés por los trajes?

—Mujer, es muy natural. A su edad todos los chicos lo tienen.—Y al ver que su mujer sacaba unos vestidos nuevos le preguntó:—Oye, Marta, ¿por qué las mujeres en vacaciones usan más vestidos que de costumbre?... Eso no me parece razonable.

—No, querido—le dijo ella riendo—. Es que las mujeres tampoco lo son.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Eso es «la fetén», como diría Harvey.

Martita cruzó entre ellos diciéndoles:

—Voy a comprar rollos porque queremos hacer muchas fotografías... Adiós.

El señor Harvey, al ver que su esposa estaba tan atareada poniendo todo en orden, y que su hija se iba y la dejaba sola, le dijo a su mujer:

—Creo que debería Martita quedarse a ayudarte.

Pero Marta, que como madre sabía siempre encontrar una disculpa para las faltillas de sus hijos, le respondió sonriendo:

—Déjala que se divierta... Además tú podrás ayudarme a arreglar todo esto, ¿verdad?

—¡Pero, Marta!—se exclamó el juez, como queriéndole decir que él no sabía nada de aquello del arreglo de la casa.

Su mujer le sonrió mimosamente, desarmando con aquella sonrisa toda la oposición del marido al mismo tiempo que le decía:

—¡Es que tú te das tanta maña, querido!

—Sí, es cierto, pero es que yo he de preparar todas mis cosas, si quiero ir mañana de pesca.

Y también para él la bondadosa mujer tuvo su condescendencia y le dijo:

—Anda, anda, no te apures. Diviértete con tus trastos. María me ayudará.

Y satisfecho porque le dejara en libertad, el señor Harvey agradeció a su esposa que lo librara de aquellos quehaceres domésticos y se fué a arreglar todas sus cosas para que al día siguiente tuviera tiempo de ir a pescar el famoso pez-espada que tan preocupado le tenía.

EL PRIMER ENCUENTRO

AL día siguiente, la casa, gracias al celo y a la habilidad desplegados por Marta, apareció como si en ella hubieran vivido toda la vida. Cada cosa estaba en su sitio, y para ello le había bastado a Marta la ayuda de su hermana. Su marido, muy de mañana, se había ido a pescar. Andrés también se había marchado, y Martita, a media mañana, se fué a la playa a bañarse.

La muchacha se encontraba aburrida en la playa. No conocía a nadie y con nadie podía hablar. Empezaba a arrepentirse de haber ido allí, cuando de pronto sintió que alguien le preguntaba:

—¿Usted?

Levantó la vista de la arena sobre la que se encontraba echada y vió

junto a ella al mismo muchacho que el día anterior viera sobre la balsa jugando con la foca. Tan sorprendida quedó, que no supo qué contestarle. El muchacho volvió de nuevo a decirle:

—Perdone. Es nueva aquí, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?—preguntó a su vez Martita.

—Entonces mi deber es advertirle que es muy peligroso tomar este sol mucho tiempo... Podría usted enfermarse.

—¡Ah, sí! — exclamó sonriendo ella—. Es muy curioso.

—Hasta podría usted envenenarse si tomara mucho sol. ¿No lo sabía?

—Ya le he dicho que soy nueva y que desconozco todo eso — res-

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

pondió amigablemente la muchacha.

El joven se sentó junto a ella y al hacerlo pidió su permiso diciéndole:

—Supongo que no la estorbaré.
¿En qué pensaba?

—En escribir — respondió ella sinceramente.

—¿Al novio?

Martita no contestó. No quiso ni afirmar ni negar, y su compañero volvió a preguntarle:

—¿Vive aquí sola?

—No, con mi familia... Hemos alquilado una casita en la Avenida Catalina.

—Entonces ya sabré dónde encontrarla.

—Pues tendrá usted mucho que hacer—le dijo ella.

El joven sonrió confiado de sí mismo y le respondió:

—Yo no pierdo nunca el tiempo cuando encuentro una mujer como usted.

Martita se echó a reír. No sabía por qué, pero aquel joven cada vez le resultaba más simpático. Si hubiera hecho la comparación entre él y Gastón, tal vez le hubiera costado trabajo encontrar la diferencia.

—Corre usted demasiado—exclamó ella riendo.

—Iré más despacio.— Y al darse cuenta de que estaban hablando a pleno sol, él abrió una gran sombrilla de playa, al mismo tiempo que

le recomendaba—: Si no se cubre, mañana parecerá una langosta. Siéntese aquí debajo.

Martita aceptó el consejo, pero al ver que él permanecía al sol le preguntó:

—¿Usted está acostumbrado a mandar?

—Sí, es que yo era antes... Pero es una larga historia... Dígame, ¿le gustaría oír un nombre bonito?

—¿Cuál?—preguntó riendo.

—Víctor Rand. Ese es mi nombre.

—No es feo.

—Pues aun me gustaría oír otro más bonito todavía... ¿Quiere decírmelo?

—Marta Harvey.

—Pues bien, Martita. ¿No ha visto todavía un pez volador?

—No, no sé lo que es eso.

—¿Le gustaría verlo?

—Claro que sí.

—¿Quiere verlo esta noche?

—Tal vez.

—Pues yo iré a buscarla a las ocho... Que su familia la cuide hasta entonces. Después la cuidaré yo... Adiós, señorita.

—Adiós, Víctor—le despidió ella.

Y de aquella forma tan original, Martita tuvo un amigo en Isla Catalina.

Andrés también fué en busca de su amiguita del barco. No le costó mucho trabajo dar con el hotel que

ella le había indicado y la encontró precisamente en la terraza tomando el aperitivo. Cuando llegó Andrés, la muchacha, con una soltura impropia de su edad, lo saludó diciéndole:

—¿Qué hay, pollo?

—Hola—respondió Andrés—sentándose frente a ella.

Se acercó el camarero y Tina le preguntó:

—¿Qué vas a tomar?

Andrés dudó. Jamás se le había ocurrido pedir nada a un camarero, pero en vista de que éste esperaba se decidió diciendo:

—Tomaré un vaso de jengibre.

—Ya lo ha oído, Francisco—le dijo Tina al camarero—. Jengibre para el amigo.

Se marchó el camarero y Tina le preguntó sonriéndole:

—Apuesto a que ésta es la primera vez que bebes en tu vida.

—Sí—confesó él—. Es que me estoy entrenando. Soy del equipo del fútbol.

Tina hizo un gesto despectivo y exclamó:

—¡Bah! ¡Juegos de niños!

Sacó una pitillera de oro y le ofreció un cigarrillo a Andrés diciéndole:

—¿Fumas?

—No, gracias. Entrenándome no puedo fumar.

Tina sacó un cigarrillo para ella,

lo encendió tranquilamente y le volvió a preguntar:

—¿Y para qué te entrenas en verano?

—Pues... por eso... ya te lo he dicho, para el fútbol. ¿Y tú cuántos años tienes?

—Dieciséis—respondió la muchacha.

El camarero llegó con la consumición pedida y Andrés se lo pagó, dándose cuenta de que se quedaba sin un céntimo. Esto le puso de bastante mal humor, pues no estaba acostumbrado a pagar cuentas tan crecidas.

Se marchó el camarero y Tina levantó su vaso y brindó diciendo:

—Brindo por mamá, para que pronto pueda estar a mi lado.

Andrés veía tantas cosas raras en aquella muchacha que no pudo disimularlo más y la dijo:

—Oye, ¿sabes que he notado que eres una chica original?

—Y tú eres algo soso—le respondió ella—. No sé por qué pierdo el tiempo contigo. Pero la verdad es que me diviertes... Hasta la noche si vuelves.

Se levantó, dejando plantado a Andrés, que de muy buen humor se dirigió hacia su casa.

Aquella tarde hacía un calor sofocante. El señor Harvey se hallaba arreglando unas cuerdas de su caña

de pesca, mientras que Andrés, echado en el suelo y con los pies en el sofá procuraba dormir la siesta; y Martita con la cabeza reclinada sobre la palma de la mano sentía también el sopor de aquella tarde estival.

De pronto, el señor Harvey llamó a su hijo y le dijo:

—Andrés, ¿quieres dejar la siesta un segundo y acercarme aquel cuchillo?

—El muchacho, haciendo una pirueta sobre el cuerpo, para no tenerse que levantar, alcanzó el cuchillo, se lo dió a su padre y volvió a colocarse en la misma posición que estaba. Martita le llamó la atención diciéndole:

—Cuando te vea mamá, te hará quitar los pies del sofá.

—No importa — respondió Andrés—. Esta no es nuestra casa.

Su padre le miró severamente y le dijo:

—¿No conoces la máxima «Respetá lo de los demás»? ¿Acaso esa postura es buena para la circulación de la sangre?

—Estúpenda — exclamó Andrés.

—Bien — les preguntó su padre—. ¿Y qué os ha parecido este pueblo?

—Grande—respondió Andrés.

—Alegre—comentó Martita.

—Os ofrece una buena vida, ¿verdad?

—A mí, desde luego—le dijo Andrés.

Apareció Marta, y al ver a su hijo con los pies en el sofá, le gritó:

—¿Qué haces en esa postura tan rara?

—Mamá, es que así pienso mejor.

—Pues déjate de pensar y ven a ayudarme a sacar cosas del dormitorio. Tenemos que arreglarlo todo antes de la noche.

—Sí, mamá. Por la noche nos iremos al Casino.

Andrés, siguiendo el deseo de su madre, se fué a ayudarla, mientras que su padre y Martita se quedaron hablando de la opinión que a ambos les había merecido el pueblo.

Por la noche, tal y como le había prometido Víctor, fué a buscarla y, juntos con otros veraneantes, subieron a una canoa para ver el pez volador. Sentados el uno junto al otro, Martita oía las explicaciones del guía de la canoa, que decía a los viajeros:

—Algunas veces, señores, llegan a volar a trescientos metros a ras del agua. Es el único pez que vuela. Tengan cuidado los señores, porque a veces saltan a la canoa.

Y como si uno de los peces quisiera darle la razón, en aquel ins-

tante uno de ellos salió del agua y saltó a la canoa, cerca donde estaban Martita y Víctor. La muchacha, asustada de pronto, se abrazó a su compañero, y el guía le dijo:

—¿No se lo dije? No tenga miedo, no se asuste... Estos peces son inofensivos.

Víctor había cogido el pez y se lo mostraba a Martita, que le suplicó, sin poder ocultar su miedo:

—Tírelo, por favor.

Víctor cumplió el deseo de ella, y al darse cuenta de que estaba agarrada a él, la cogió cariñosamente por la barbilla, diciéndole:

—¿Nunca le han dicho a usted que tiene una cara deliciosa?

Martita se separó inmediatamente de su lado y respondió:

—No.

—Entonces, ¿soy yo el primero?

—Sí; se ha ganado usted el diploma—respondió, riendo, Martita.

—¿Sabe usted cuál es mi profesión?

—Lo supongo. Es usted un salva-

vidas; por lo menos, así me lo parecería esta mañana.

—Se ha equivocado. Soy abogado.

—¿De veras? —exclamó alegremente Martita—. Usted congeniaría con papá. El es juez.

—Desde luego, yo no sabré tanto como él; pero es la carrera que he estudiado, aunque de nada me sirve.

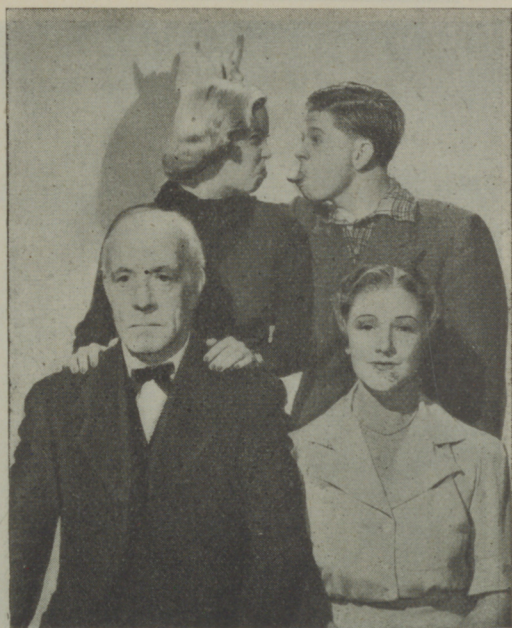
Dijo esto último con tal acento de tristeza, que Martita, tomándole una mano, intentó animarlo diciéndole:

—No se ponga triste...

—Es que me vuelvo loco, cuando pienso que alguien ha arruinado mi vida. Soy uno de esos desgraciados de la vida.

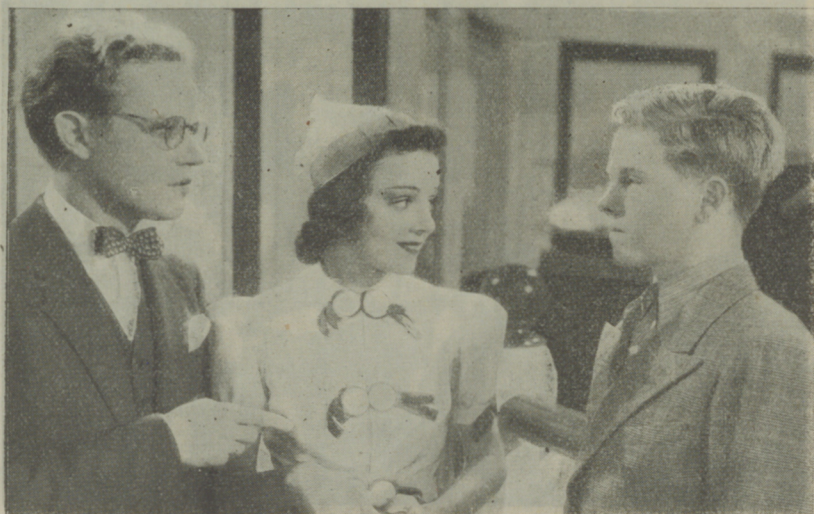
Martita sintió hacia él una compasión tan inmensa, que, sin darse cuenta, apretó fuertemente entre las suyas las manos de Víctor, y de aquella forma quedó sellado, más que una amistad sincera, un amor que empezaba a nacer en el corazón de Martita, empañando el recuerdo de Gastón.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY



—Pues entonces... No
hay más que hablar... To-
dos a Isla Catalina...

La feliz familia Harvey.



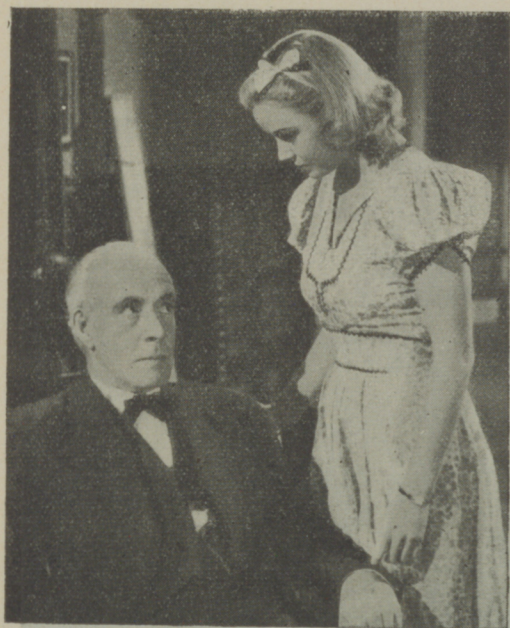
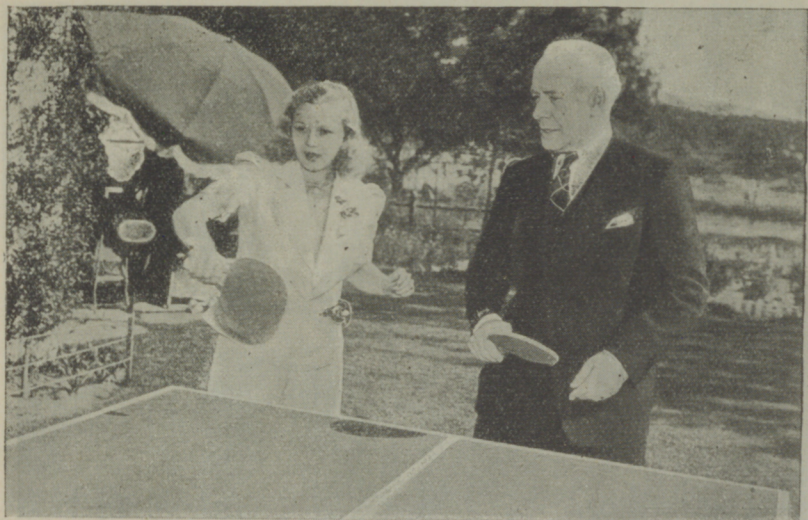
—Muy bien—respondió Carlos, mirando con cierta prevención a Andrés—, pero tú me esperas aquí, ¿oyes?



—Pues todavía no lo tengo pensado—respondió el juez—. Pero creo que la Isla Catalina, en California, es un sitio verdaderamente maravilloso.

S

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY,



... las distracciones abundaban en aquel paraíso...

—No; desde luego no iremos; será mejor olvidarlo.

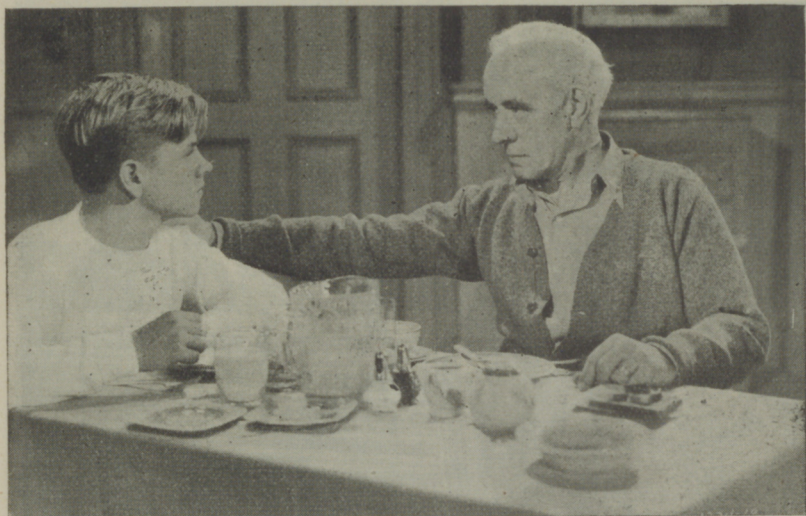


— Ya sabía yo que a última hora acudiríais al juez.
— Después de todo eres el cabeza de familia.



— Fíjate, Andrés, aquel es el muelle de la pesca; allí es donde se alquilan las canoas.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY



—Ya sabes que siempre
hemos hablado de todo..
¿Por qué no discutimos es-
to de hombre a hombre?

—Cuenta veinte, para
hacerle creer que ha cogido
el cebo.



—No lo has hecho, papá.
Me parece como si acabaras de cortarme las alas,
pero le quiero mucho, papá,
y no puedo vivir sin él.



—Pues claro que es verdad, mujer... ¿Por qué no va a serlo? Los dos están enamorados; ¿verdad?

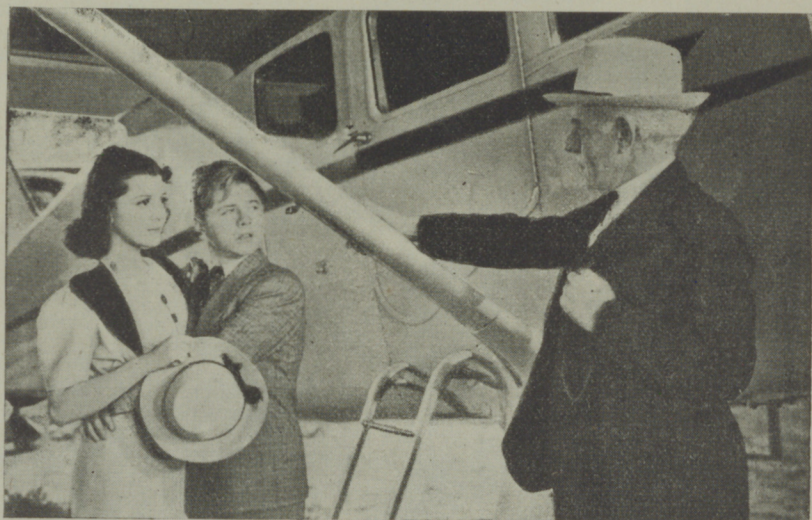
LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY



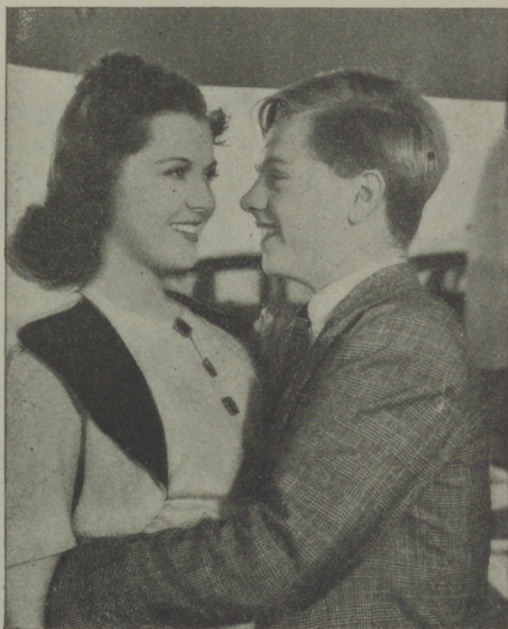
Quería ocultarles la verdad de la situación.

—Papá, soy diez años más vieja.

—¿Y más sensata?—Preguntó cariñosamente el señor Harvey.



—Oye, papá, de hombre a hombre; estaba enseñando a Polita lo que no debemos hacer.



—¿Que no?—exclamó el chico, cogiéndola con intención de besarla.

LA PESCA DEL PEZ-ESPADA

El juez Harvey salió muy de mañana, embarcándose en la embarcación del capitán Swanson, para ir a la pesca de aquel pez-espada, que tan preocupado le traía.

Hacia ya lo menos cinco horas que estaban en el lugar designado por el capitán y todavía no había sentido que ninguno se dignase picar en el anzuelo. Su paciencia se iba terminando, y le dijo al capitán:

—Llevamos aquí cinco horas y que si quieres... Supongo que existirá el pez-espada en estas aguas.

—Desde luego—respondió el capitán—. Aquí se han pescado los peces-espadas más grandes.

—Si yo no dudo de que los habrá; precisamente los vi fotografía-

dos en el puerto. Usted habrá pescado muchos, ¿verdad?

—Ya lo creo. El día 30 de mayo pasado pesqué 320 kilos.

El juez Harvey le miró casi con envidia. Sintió más que nunca el deseo de ser él uno de los que pudieran decir lo mismo, y exclamó, admirado:

—320 kilos, ¿eh?

—Sí, ya le digo. Pero hay que tener mucho cuidado. Es muy listo el pez-espada. A veces yo creo que son más inteligentes que los que van a pescarlos.

El pobre capitán no se daba cuenta de lo que decía, y por eso el juez se limitó a mirarlo y a sonreír ante aquella idea que tenía de los pes-

cadore, entre los cuales, como era natural, estaba incluído él.

Pero, la fortuna le fué propicia. Sintió un gran tirón de la caña, y el capitán exclamó:

—¡Ya está!

—¿Y qué hago ahora?—preguntó el juez, que no sabía de qué forma poder sacar al animal que había picado el anzuelo.

—Cuenta veinte, para hacerle creer que ha cogido el cebo.

El juez Harvey comenzó a tirar del aparejo de pesca; pero en vez de seguir el consejo del capitán, su nerviosismo era tal, que contó:

—Cinco, diez, quince, veinte...

Dió un tirón y el pez-espada se zafó y se le escapó.

—¡No, no y no!—exclamó el capitán—. No lo ha hecho como yo le he dicho.

—Pues he contado hasta veinte —exclamó Jaime Harvey.

—No, hombre. Tiene usted que darse cuenta de que el pez-espada es un tío más vivo que el hambre... Cuando tiene el cebo en la boca, lo

masca. Entonces cuenta usted veinte, empezando por el uno, y después tira de la caña.

—Capitán, voy a decirle lo que le diría mi hijo Andrés: «Usted está mochales».

En aquel instante pasó una canoa a toda velocidad. En su interior iban Andrés y Martita, sin que el juez los pudiera distinguir bien. El capitán se enfureció al ver que cruzaba tan cerca de ellos, y les gritó:

—¡Eh, sepárense de aquí!... Que espantan la pesca.

—¿Quiénes son? — preguntó el juez.

—Una niña rica que no hace más que pasearse arriba y abajo en esa canoa... Es una fiera.

Pero sea porque la canoa espantó la pesca o porque ya no hubiese allí más peces-espadas, la verdad fué que el juez Harvey pasó toda la mañana pescando y tuvo que regresar nuevamente a su casa, sin poder saber cómo se pescaba uno de aquellos animales.

LOS RECELOS DE UN PADRE

A L día siguiente se hallaba almorzando la familia Harvey, y al terminar, Marta le preguntó a su marido:

—¿Has comido bien, Jaime?

—Sí, sí, muy bien.

—Esta mañana te levantaste tarde—volvió a decirle su esposa.

—El aire que tomé ayer me ha hecho dormir muy bien.— Mientras hablaba miraba entusiasmado a su mujer, que parecía transformada con el aire de aquella playa, y le dijo—: Oye, Marta, parece que te han quitado diez años. ¿Estás contenta?

—Mucho—respondió ella, para quien su mayor felicidad era ver contentos a los suyos—. Y ¿tú?

Antes de que respondiera el juez

se presentó Andrés, que acababa de levantarse, y Marta lo saludó diciéndole:

—Hola, hijo.

—Buenos días, mamá... Papá, buenos días.

—Buenos días, Andrés... ¿Parece que te has levantado con el gesto agrio?

—Pues estoy bien, papá—respondió el chico.

—¿Lo pasas bien aquí?

—Sí, papá. Lo paso bien.

—¿Ya has hecho amigos en el pueblo?—volvió a preguntarle su padre.

—Un par de chicos y algunas chavalas.

—¿Cómo?... ¿Chavalas?

—Sí, chicas quise decir—explicó Andrés.

—¿Simpáticos?

—Sí, bastante — respondió Andrés, en quien su padre adivinó alguna preocupación, pues no era costumbre suya responder con aquellos monosílabos.

—¿Y por qué no los traes a casa esta noche? Podríamos invitarlos a tomar algo.

Por fin salió aquella preocupación que su padre había adivinado, y Andrés le dijo de pronto, como quien acaba de tomar una rápida solución:

—Oye, papá, ¿por qué no hablamos de mi asignación?

—Bien, hombre. Hablemos de ella.

—Pues verás, necesito cinco duros.

—¿Cinco duros? Pides demasiados — exclamó su padre.

—Sí, ya lo sé, pero es que los necesito.

—¿Y para qué?

—Pues... para cosas — respondió Andrés sin atreverse a explicarle para qué los quería.

—Escucha, Andrés. Cuando tú ganes tu dinero no tendrás necesidad de dar explicaciones a nadie, teóricamente, claro está. Pero cuando gastes el de otro, es natural que éste quiera saber adónde va a parar... ¿Es lógico o no?

Andrés, que siempre terminaba

convenciéndose por las razones de su padre, no supo qué oponerle y contestó:

—Algunas veces quisiera que no fueras juez, papá.

—¿Por qué? — le preguntó, riendo, el señor Harvey.

—Porque te vales de ello para exponer a tu gusto las dos partes de una misma cuestión.

—¿Acaso a ti te gustaría ver con un solo ojo?

—No..., pero necesito esos cinco duros.

—Es muy curioso — le dijo su padre, extrañado de que insistiera tanto—. Nunca has necesitado tanto dinero en el pueblo cuando salías con Polita.

Su padre empezaba a sospechar que en aquel asunto andaban algunas faldas, y soltó el nombre de Polita para que su hijo a su vez confesase, sin darse cuenta, la verdad. Y la astucia del padre dió su resultado, porque Andrés, respondió:

—Sí, pero ella... ¿Cómo sabes que es para una chica? — preguntó, extrañado.

—Porque yo también he tenido tu edad — respondió, sonriendo.

—Sí, es cierto, pero tú y mamá erais diferentes.

—No mucho... Yo una vez necesitaba dinero para alquilar un cochecito, pensando que una mucha-

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

cha se deja besar si la alejamos un poco de casa.

—¿Era mamá? —preguntó, sorprendido.

—No; era otra con quien yo no debía tener amistad.

—¿Y qué pasó?—preguntó Andrés, interesado ya por aquella narración de su padre, sin darse cuenta que lo que quería el señor Harvey era darle una lección.

—Pues nada, porque cuando tuve el dinero para alquilar el cochecito..., ya no me interesaba.

Andrés quedó unos segundos en silencio, pero nuevamente insistió diciéndole:

—Pero ahora no se utilizan cochecitos.

—Para el caso es lo mismo—terminó diciéndole su padre, al mismo tiempo que se levantaba y se marchaba tranquilamente, sin darle una contestación afirmativa, como hubiera deseado Andrés.

En vista de ello, aquella tarde, cuando Andrés se encontró con Tina, le dijo claramente:

—Oye, no cuentes conmigo esta noche.

—¿Por qué no? ¿Qué te ha ocurrido?—le preguntó Tina.

—Nada, que no puedo ir.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo, yo?

—Entonces, ¿por qué no vienes?

—Pues, en primer lugar, porque mis padres no me dejan.

—¿Pero no me dijiste que dormías en el vestíbulo?

—Sí; pero no está bien que me vaya—le dijo Andrés, no queriéndole decir la verdadera causa.

—Mira, chico—le dijo ella, despectivamente—, ya estoy harta de hablar con peleles. No iré contigo más a ningún sitio.

Andrés temió que cumpliera lo que le decía, y le suplicó:

—No hagas eso, Tina.

La muchacha se le quedó mirando extrañada, y volvió a preguntarle:

—Entonces, dime, ¿qué es lo que te ocurre?

Andrés comprendió que lo mejor era confesar la verdad y se lo dijo lisa y llanamente:

—Pues... que no tengo una perra.

—Bah, eso no debe importarte.

Y mientras arreglaban ellos la forma de poder solucionar aquel pequeño conflicto, Martita y Víctor hablaban amigablemente, y éste le decía:

—Prométeme que tendrás los ojos cerrados hasta que yo te diga.

—Lo intentaré—respondió, sonriendo—. ¿Qué quieres?

—¿Sabes que me gustas mucho?

—le dijo él.

Martita, a pesar de su promesa, abrió los ojos y se le quedó mirando fijamente.

Víctor, sin inmutarse, siguió diciéndole:

—No tienes que asustarte por eso... Yo también te gusto un poco, ¿verdad?

Marta respondió afirmativamente con la cabeza, sin saber negar la verdad, pero le dijo:

—Yo creo que lo mejor es que no nos viéramos más, Víctor.

—No digas tonterías... Eres una colegiala y debes estar muy bonita con traje de noche... Mira, habrá una gran fiesta el sábado en el Casino... ¿Quieres venir?

—Le diré a papá que necesito un vestido... Si él quiere.

Víctor comprendía y veía, además, que aquella muchacha era una criatura ingenua, de la que podía hacerse todo lo que se quisiera. Estaba seguro de que con cariño conseguiría que no le dejase en toda la temporada de vacaciones, y aun cuando él no pensaba formalmente en casarse con ella, sentía, sin embargo, una gran simpatía hacia la muchacha.

No hablaron más de aquel asunto, y tan solamente convinieron en que cuando llegase a su casa, le haría a su padre la petición para que

le comprase el vestido y le permitiese ir a la fiesta del sábado.

Tina y Andrés también se despedían ya. El muchacho recordó que le habían hecho un encargo, y se despidió de ella en la puerta del bar del hotel, diciéndole:

—Tengo que dejarte, Tina. He de hacer unos recados para mamá.

Tina se sentó en un taburete de los que había ante el mostrador del bar, y le dijo:

—Yo voy a ver si tomo algo... Hasta la noche.

—Hasta luego—terminó diciéndole Andrés.

Tan distraído iba, que no se dio cuenta de que su padre le observaba desde lejos y que tan pronto como él abandonó a Tina, el señor Harvey se acercó a la muchacha.

Como buen padre, sospechaba que su hijo no andaba por buen camino con aquella amistad, y quiso asegurarse de ello. Nada mejor para conseguirlo que ponerse a hablar con ella y conseguir una impresión personal que le diera una idea exacta de qué clase de muchacha se trataba. Sabía de todas esas niñas educadas a la moderna, que no son otra cosa que lindas muñequitas de la sociedad; pero cuyas costumbres y maneras de ser dejan mucho que desear, sobre todo entre las personas como las que formaban la fa-

milia de Harvey, que era un modelo de virtud y de buenas costumbres.

Seguro de que una conversación con ella era lo mejor, se acercó al mostrador y la oyó llamar al camarero, diciéndole:

—Vamos, Narciso, dame algo fresco. Brandy con soda.

No le hizo mucha gracia al señor Harvey aquella desenvoltura de la muchacha y aquella confianza de tutear al camarero. Pero se abstuvo de hacer ningún comentario, y se sentó en otro taburete que había junto al de ella, y exclamó:

—Yo voy a tomar lo mismo si a esta joven no le molesta.

Tina le miró fijamente y, al fin, exclamó, encogiéndose de hombros:

—A mí me da igual.

—¿Me concede usted el placer de invitarla?

Tina le volvió a mirar fijamente.

Por sus ojos pasó un destello de coquetería y respondió, riendo:

—Claro. ¿Por qué no? Pero... ¿no será usted algo viejo para entretenerse con una chica de mi edad?

El señor Harvey se quedó como quien ve visiones. ¿Era posible que una mocosilla como aquella pensara en aquellas cosas? ¿Era ésta acaso la educación moderna? Pues si era ésta, prefería mucho más la de su hija, que no sabía otras cosas que las que su madre le enseñaba. Comparó a una con otra, y Martita salió ganando un cien por cien.

Asustado, más bien que sorprendido, por la respuesta de la chica, pagó la consumición y se alejó del bar, seguro de que aquella amistad no le era nada beneficiosa a su hijo Andrés, y dispuesto a hacer todo lo posible para evitar que la siguiera cultivando.

DE HOMBRE A HOMBRE

CUANDO llegó a su casa fué en busca de Andrés y empezó la conversación con él diciéndole:

—Bien, Andrés, lleno de buenos deseos, ¿eh?

—Sí—respondió un poco cabizbajo Andrés—. Oye, papá, no has vuelto a pensar en eso de los cinco «pavos».

—Duros, querrás decir—le dijo su padre.

—Bien, duros, ¿y qué?

—No—respondió secamente el señor Harvey.

—Qué contrariedad — exclamó Andrés.

—Además, he de decirte algo.

Andrés se le quedó mirando. Temía a su padre cuando se le ponía a hablar tan seriamente, y esperó

a que él mismo abordara el tema. El señor Harvey le dijo:.

—He estado hablando con tu amiguita esta tarde.

—¿Con quién? — preguntó, sorprendido, el muchacho.

—Sí, sí, con esa—insistió el señor Harvey.

—¿Dónde la has visto?

—En donde no te importa, pero la he visto y la he hablado.

—¿Has estado espiándonos? —preguntó Andrés.

Su padre le miró severamente. Aquella frase de espiarlos le sentaba tan mal, que Andrés, dándose cuenta de su incorrección y falta de respeto, se apresuró a disculparse diciéndole:

—Perdóname, papá.

—Está bien, pero que no se te

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

vuelva a ocurrir—. Y volviendo al mismo tema continuó diciéndole:

—Sí, Andrés, tengo que decirte cosas que tal vez no sean de tu agrado; pero la verdad es que esta chica no es buena. Será un producto de la vida moderna, pero eso no implica para que sea una fruta podrida... Y contagiara a todo el que esté a su lado, mental, moral y espiritualmente.

Andrés hizo un gesto de mal humor, y su padre volvió a decirle:

—Ya sabes que siempre hemos hablado de todo... ¿Por qué no discutimos esto de hombre a hombre?

—Porque tú ya eres viejo y vives cincuenta años atrasado—le respondió su hijo.

—Seré viejo, como tú dices; pero hay cosas que no varían en el mundo.

—Papá, ¿es que no tengo ya edad

suficiente para poder elegir mis amigos?

—Todavía no—respondió su padre—. En fin, espero que tú mismo obrarás como debes.

Andrés, al ver que su padre daba por terminada la entrevista, salió de la habitación y, dejándose llevar por aquel primer impulso, que siempre era cosa innata en él, dió un portazo a la puerta, y su madre le gritó:

—Sabes, Andrés, que te he dicho muchas veces que no dieras esos portazos.

—Bien, mamá—respondió, aplacado ante la regañuza de su madre.

—Pues vuelve otra vez a abrirla y a cerrarla con modos.

—Está bien, mamá—respondió el muchacho obedeciéndola, sin hacer la menor objeción y comprendiendo que su madre tenía razón para regañarle.

UNA AVENTURA QUE TERMINA A PIE

ENTRE sus muchas y buenas cualidades, Andrés tenía la de comprender, pasado el primer instante, lo que era razonable y no. Cuando hacía cualquiera de aquellas tonterías propias de su juventud, al oír que se le regañaba, comprendía en seguida que había cometido una falta, y era el primero en buscar la ocasión para disculparse y para repararla. Por eso, a pesar del mal humor que tenía, obedeció respetuosamente a su madre, sin dar lugar a que ésta repitiese de nuevo la orden.

Por la noche, cuando estaban cenando, la señora Harvey quiso saber qué plan había para aquella velada y preguntó a todos:

—¿Qué planes tiene la familia

para esta noche? Hay un concierto en la playa, y yo creo que podríamos ir.

—Un concierto — protestó Andrés, que se acordaba que tenía que ir en busca de Tina.

—Yo no voy — respondió Martita, pensando en Víctor.

—Yo me voy a la cama — dijo su hermana María.

Quedaron unos minutos en silencio y Marta, que observaba a su hijo, le preguntó al verlo tan callado:

—Andrés, ¿no te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy bien — respondió secamente.

—María — insistió Marta —, ¿no crees que este chico tiene fiebre?

—¿A ver? — preguntó su hermana Martita, queriendo ponerle la

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

mano en la frente. Sin embargo, Andrés se lo impidió diciendo de mal humor:

—¿Queréis dejarme tranquilo?

Su madre quiso alegrarle animándole para que hablara y le preguntó:

—¿Cuáles son tus planes para esta noche, Andrés?

—No lo sé, mamá—respondió el muchacho.

—¿Estás citado con tus amiguitos?

—Amiguitos, amiguitos—respondió Andrés—. Mamá, ¿cuándo se me va a tratar en esta casa como si fuera un hombre?

—Cuando dejes de ser un crío—le dijo Martita.

—A ver si tú te callas o vas a salir perdiendo—le amenazó Andrés.

—Niños—les reprendió su madre, quien dirigiéndose a su esposo le preguntó:

—¿Qué haces tan callado?

El señor Harvey sonrió al oír a su esposa, y respondió:

—Ya sabía yo que al final acudiríais al juez.

—Después de todo eres el cabeza de familia.

Martita, que esperaba la ocasión para pedir su vestido de noche, al ver que su padre estaba de buen humor aprovechó el momento para

decirle a su madre, con el fin de que su padre la oyera:

—Mamá, ¿querrías comprarme un vestido de noche? Víctor Rand me ha invitado al baile del sábado en el Casino.

—Eso es cosa de tu padre—le respondió Marta.

—Si a mí se me niegan cinco duros, no sé por qué a ella se le ha de comprar un traje—protestó Andrés.

—¿Desde cuándo se les da a los niños cinco duros de una vez?—preguntó Martita, al ver que su hermano se convertía en un enemigo en aquello del vestido.

—Oye, tú—le amenazó el chico.

—Basta, Andrés,—le dijo su madre intentando poner paz entre ellos.

Como siempre cedió Andrés ante la objeción materna, y le dijo:

—Perdóname, mamá.

Y sin querer seguir la discusión se levantó de la mesa y se fué a la calle, mientras que su madre comentaba:

—Este chico no está bueno.

El señor Harvey, que conocía a fondo el carácter de su pequeño, murmuró:

—Sí que está bueno... y eso es precisamente lo malo, que está bien.

Allí quedó terminada la cena y acordado por fin que se le compra-

ría a Martita el vestido, con lo que la muchacha soñó toda la noche con la llegada del sábado para poder lucir por primera vez en su vida un vestido de noche.

Andrés, a pesar de no tener los cinco duros, se fué en busca de Tina, pero ya fuera su mal humor, ya fuera porque las cosas de Tina le fastidiaban bastante recordando las palabras que le había dicho su padre, la cuestión es que terminó reñido con ella y tuvo que volver a pie, porque la chica no le quiso traer en su canoa. La distancia era nada menos que de veinte kilómetros, y el muchacho llegó a su casa con los pies hechos polvo.

A la mañana siguiente, el dolor de los pies era tan grande que en cuanto se levantó se fué al baño y los metió en agua caliente, mientras al mismo tiempo se afeitaba. Para ello cogió los utensilios de afeitarse de su padre y con ellos le sorprendió el señor Harvey, que le dijo:

—Perdona, Andrés, pero si no estoy equivocado, estás usando mi brocha.

—Creí que no te importaría que la usara.

—Si la necesitas, no me importa. ¿Tú crees que te hace falta?

—Sí—le dijo Andrés— ya tengo bastante barba.

Entonces advirtió su padre que tenía los pies metidos en agua, y le preguntó:

—¿Qué te pasa en los pies?

Andrés, que jamás mintió a su padre, le confesó la verdad, diciéndole:

—Nada, que tuve que venir a pie anoche desde el Istmo.

—Qué atrocidad — exclamó el juez.

—No me importa—siguió diciéndole su hijo—porque tuve bastante tiempo para pensar... ¿Sabes qué he resuelto?

—Tú dirás.

—Pues escucha. No es que pretenda sacar a relucir tus palabras de ayer, pero se trata de escoger lo más divertido... Ahora estoy demasiado ocupado entrenándome en el fútbol para pretender modernizarme.

El señor Harvey comprendía lo que su hijo quería decirle. Como siempre ocurría, él sabía hacer comprender a Andrés, tratándole como si fuera un hombre, lo que era razonable, y como siempre también, su hijo acababa por seguir sus consejos. Satisfecho una vez más por la conducta del pequeño, le respondió:

—Andrés, eso es tener sentido.

—Yo también lo creo así.

Y como no sabía por dónde

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

pezar a afeitarse, le preguntó a su padre:

—Oye, ¿por dónde se empieza con esto?

—¿A ver?... sí... por la derecha... digo no, por la izquierda.

Andrés oyó la voz de su madre que se acercaba y en cuanto estuvo junto a él le preguntó, dispuesta a echarle una regañuza:

—Andrés, quiero saber a qué hora volviste anoche.

—No lo sé, mamá—respondió el muchacho eludiendo una respuesta—. No miré el reloj.

—Pues yo sí. Eran más de las tres... Y ahora dime...

El señor Harvey, después de la victoria que había obtenido, no que-

ría que su mujer echase por tierra los buenos propósitos de Andrés y se adelantó a disculparlo, diciendo:

—Marta, Andrés salió con unos amigos. Me lo ha contado todo y no fué suya la culpa.

—No volverá a ocurrir, mamá—le prometió Andrés.

Su madre los miró a los dos y salió del baño diciéndoles:

—Por lo que veo estáis de acuerdo, así es que ya no puedo decir nada.

Y Andrés en cuanto desapareció su madre estrechó la mano del señor Harvey y le agradeció su defensa, diciéndole:

—Papá, de hombre a hombre, gracias.

LA ILUSION DEL PRIMER BAILE

ERA ya el sábado por la noche. Martita, ayudada por su madre, se estaba vistiendo y María fué a buscar a su cuñado que se entretenía en el piso de abajo, arreglando sus cosas de pesca. En el semblante de María se advertía una grave preocupación. Y es que ella quería a aquellos sobrinos como si fueran hijos suyos. Los había visto nacer, los había criado en unión de su hermana y cualquier pesar de alguno de ellos era para la infeliz María un disgusto que no sabía ocultar.

Cuando encontró a su cuñado le dijo:

—Me alegro de que estés solo, Jaime.

—¿Y por qué esa alegría?

—Mira, Jaime — empezó diciéndole—. No quisiera disgustarte, pe-

ro debes saberlo... Ese Victor Rand con el que Martita sale esta noche...

—Sí, ¿qué pasa?

—Pues que es casado.

—¿Ah, sí? — respondió el juez sin darle importancia. Y no se la daba, porque aquella era una cosa que él sabía. Pero no quiso oponerse a los sentimientos de su hija violentamente, porque sabía que nada hay peor que lo prohibido, ni nada que más incite. Su cuñada, sin advertirlo, siguió diciéndole:

—Me parece que la niña se ha enamorado... No creo que ella sepa esto, pero yo me enteré hoy por casualidad por unas personas que le conocen... ¿Qué piensas hacer? ¿La dejarás que vaya esta noche al baile?

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Desde luego, María. No quiero lastimarla. Este sería su primer engaño y no quiero ser yo quien le ocasione la primera pena de su vida. Ella es muy joven para eso. Además, esta noche tiene una gran ilusión y no se la debemos quitar. Piensa lo que es para ella su primer baile y su primer vestido de noche.

—¿Tienes algún plan?

—Lo buscaré — le respondió el juez.

—Bien, tal vez encuentres remedio, pero debes ponerlo en seguida.

—Ya te digo que lo pensaré. Cállala ahora, que ella llega.

En efecto, apareció Martita deslumbradora con su primer vestido de gala. Era enteramente una muñequita y su cuerpecito gentil, rodeado por la finísima seda del vestido, aparecía en toda la plenitud de su esbeltez.

Su padre se la quedó mirando extasiado. El señor Harvéy era un hombre que vivía tan solamente para su familia, y sobre todo para aquellos dos hijos que eran la alegría suprema de su existencia. Al ver a su pequeña convertida en una mujercita, era tal la emoción que sintió, que apenas pudo decir una palabra. Por fin se rehizo y le dijo:

—Qué guapa estás, Martita. Eres tan preciosa.

—Gracias, papá — le respondió ella besándolo cariñosamente.

—A ver, vuélvete que lo vea.

La muchacha obedeció y su padre, después de mirarla por detrás, le dijo:

—Estoy algo despistado.

—¿Por qué?

—Porque yo creía que estos trajes de noche se parecían un poco a los de baño. Sin embargo, veo que llevan mangas...

—Esto es la chaqueta — le dijo Martita.

—Ah, ya comprendo. Entonces déjame ver el traje.

Martita se quitó la chaqueta, pero procuró quedar frente a su padre para que éste no la viera por la espalda, que era precisamente por donde estaba el vestido escondido.

—Da la vuelta—le dijo el señor Harvey.

Martita dió una vuelta rapidísima para impedir en lo posible que su padre viera por detrás el vestido, y el señor Harvey, que se dió cuenta de ello, no quiso demostrárselo y exclamó:

—Bien, está muy bien. Muy guapa.

—¿De veras, papá? — preguntó ella con una gran alegría de parecerle guapa a su padre.

—Si hubieras visto el traje de noche de tu madre la primera vez que salimos juntos... Era un...

Martita no le dejó terminar. Temía que le dijese algo del vestido, y antes de que su padre pudiera hacerle alguna objeción, fué ella la que le confesó:

—Si supieras qué miedo tenía, papá, de que no te gustase.

—¿Miedo?... ¿Miedo por qué? ¿Miedo de que no me gustara el traje y te estropeará la noche?

—Hubiera sido un gran disgusto para mí... Será hermosa esta noche y yo también quiero serlo, papá.

—Ya lo eres—le dijo su padre— Para mí no creo que haya ninguna más hermosa que tú en el baile.

Martita estaba tan emocionada aquella noche, que le dijo a su padre, confiándole el secreto de su alma tan ingenua:

—Papa, ¿no has deseado volar alguna vez cuando te sentías ansioso por llegar a un sitio?

—Sí, alguna vez tuve momentos así—le respondió el señor Harvey, comprendiendo la impaciencia de su hija.

La voz de Víctor la llamó desde afuera, y la muchacha exclamó:

—Ya está aquí. No me esperes, papá. Llegaré tarde.

—Oye, Martita, óyeme.

Pero ya la niña había salido afuera y no escuchaba a su padre. Era la paloma que por primera vez hace uso de sus alas para abandonar el nido, y Martita no oía en aquel instante más voz que la de Víctor que la había llamado.

—Hola, Víctor—le dijo, cogiéndose de su brazo.

—Chica, qué bonita estás—le dijo el muchacho admirándola.

Fueron al Casino y allí siguió galanteándola Víctor y diciéndole:

—Vamos a la terraza. Aquí hay demasiada gente.

Salieron al jardín y Martita se quedó contemplando la luna y exclamó:

—Qué hermosa está la luna esta noche.

—Quisiera poderla alcanzar para ti—le dijo Víctor.

—¿Y qué haría yo con ella? No hay habitación libre en casa.

—Podrías ponértela en el pelo. En ningún sitio estaría ella mejor, ni podría estar tampoco más orgullosa... Qué ganas tengo de que podamos casarnos.

—¿No será efecto de la luna, Víctor?—le preguntó ella mimosamente.

—Tú sabes que no. Pero tendremos que esperar un año... Todo un año.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Podemos cartearnos.

—Nunca olvidaré esta noche — siguió diciendo él.

—A mí me parece la mejor noche de mi vida—le confesó ella.

Y juntos pasearon bajo el dosel de aquella luna que tanto admiraban la ilusión ella, de su primer amor, y él, el fracaso de algo que había deshecho su vida.

* * *

Cuando regresó Martita a su casa era ya muy tarde. No pensaba encontrar a nadie y quedó sorprendida al ver a su padre que la esperaba, aun cuando el señor Harvey arguyó otro argumento para justificar el no haberse acostado todavía.

—¿Es muy tarde, papá?—le preguntó.

—Sí, sí, bastante. ¿Qué, te has divertido?

—Muchísimo—le confesó ella.

—Me alegro mucho, hija mía. Ya sabes que soy muy feliz sabiéndolos a todos dichosos y contentos.

—Sí, papáito—le dijo la muchacha, acariciándole—. Me siento muy dichosa. ¿Por qué no te has acostado? ¿Es que me esperabas?

—No, hija, no. El calor no me dejaba dormir.

Sin embargo, Martita no podía

disimular que había bebido unas copas de champaña. Su padre lo advertía y se daba cuenta de que aquello era una cosa disculpable. Martita no sabía lo que era el beber y habría bastado un par de copas y el calor del baile para que se le hubiese subido a la cabeza. Pero la chiquilla, que tal vez era la que más conocía a su padre, se dió cuenta de cómo la miraba y le dijo mimosamente:

—¿Por qué no dejas de disimular?

—¿Qué quieres decirme? — le preguntó el señor Harvey afectando ignorancia.

—Sí, papá. Si no me encontrara de esta manera estaría muy asustada... Yo sé que tú te has dado cuenta de que he bebido.

—¿De veras?—preguntó el señor Harvey que sabía que sacaba más partido de sus hijos con bondad que no reñagándoles.

—Sí, papá; pero sólo fueron dos copas... ¿Quieres que te hable con franqueza? Pues fueron tres...

—Bien... ¿Y cómo te sientes?

—Feliz, papáito, muy feliz... ¿Vas a reñirme?

—¿Tú crees que debo hacerlo?

—¡Oh, no, papáito — le suplicó ella—. Tú me comprendes. Y quiero decirte una cosa.

—¿Cuál?

—Algo que no creía decir nunca... Quiero a Víctor Rand.

—¿Y te ha pedido que te casaras con él?

—Sí, me lo ha dicho esta noche, pero aun tardaremos un año en poderarnos casar.

Su padre no se atrevió a decirle lo que él sabía. Había ya concebido un plan para que fuera ella misma quien se desengañara y de esa forma sacar el mayor partido posible de aquella acción.

La dejó que le hablase y finalmente él la dijo:

—Martita. No puedes olvidar los convencionalismos que han existido durante cientos de años. Tienes ahora una familia que te adora y quieres crearte otra nueva, llena de paz y horas felices, pero si los principios no son buenos, di adiós a todos esos propósitos..., en fin, no quiero sermonearte más, nena.

Martita suspiró tristemente y le respondió:

—No lo has hecho, papá. Me parece como si acabaras de cortarme las alas, pero le quiero mucho, papá, y no podría vivir sin él.

Aquella declaración de su hija le hizo más fuerte su idea de que había que buscar el medio de que ella misma sufriera el desengaño sin precipitar los acontecimientos.

Marta oyó que hablaban abajo y llamó a su marido diciéndole:—

—Jaime..., ¿es que no vas a acostarte hoy?

—Sí, en seguida, ahora mismo— le contestó el señor Harvey. Y besando a su hija le recomendó:

—Anda, nenita, vete a descansar, que falta te hace después de las emociones de esta noche.

Durante los días siguientes no se habló nada de los amores de Martita. El señor Harvey iba madurando su plan y tomando posiciones para dar el golpe final cuando llegara la ocasión. Por experiencia sabía que todos los seres humanos tienen un fondo de conciencia y que sabiendo llegar a ella es difícil no poder sacar partido de ello. Aquel Víctor Rand, según él se había enterado, no era un mal muchacho. Lo único que le pasaba es que era algo despreocupado y que aprovechaba aquellos días de vacaciones para pasárselos lo mejor que podía. Se había encontrado con Martita, y con ella pensó pasar distraídamente las vacaciones, lo mismo que si se hubiera encontrado cualquier otra muchacha. Sabía además que no era abogado, ni había estudiado nunca para aquella profesión, y que su patrimonio con la que era su esposa

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

era un matrimonio normal. Con todos estos datos el señor Harvey se creyó en poder de las armas suficientes para que él mismo hiciera comprender a su hija en el engaño

en que la había tenido prometiéndole una boda que no era otra cosa que un pasatiempo veraniego, el cual se acabaría tan pronto como uno de los dos dejaran de verse.

EL PLAN DEL JUEZ HARVEY

POR indicación secreta del xima. Debían pasar allí todo el día y para que Marita no estuviera parada de Víctor, éste había sido invitado a la exclusión. Los muchachos se divertían alegremente bañándose y corriendo por la playa, mientras que las personas mayores se dedicaban a preparar la comida. Marita aprovechó un momento en que Víctor estaba con Andrés para ir con sus padres, en el momento en que Marita decía a su hermana: —Ha sido una gran idea venir a comer aquí. —Ya lo creo— respondió su hermana. —

—Lo que no me explico es cómo has tenido estas ideas, sabiendo lo enemigo que es Jaime de todo esto. —Es que estamos de vacaciones. —Qué estás haciendo? —preguntó Marita. —Mi madre al verte sin almorzar le dijo: —Ten cuidado no te entres, hija. —Papa, has hecho bien invitando a Víctor aquí. —Esa natural— respondió su padre— desde el momento que vas a ser de la familia debemos conocerlo. Su hija le miró recelosa y no pudo menos que expresarle aquel recelo diciéndole: —Cuando tú haces una cosa, siempre preguntas el por qué lo harás.

EL PLAN DEL JUEZ HARVEY

P señor Harvey, María había preparado una excursión a una playa próxima. Debían pasar allí todo el día y para que Martita no estuviera separada de Víctor, éste había sido invitado a la excursión.

Los muchachos se divertían alegremente bañándose y corriendo por la playa, mientras que las personas mayores se dedicaban a preparar la comida. Martita aprovechó un momento en que Víctor nadaba con Andrés para ir con sus padres, en el momento en que Marta decía a su hermana:

—Ha sido una gran idea venir a comer aquí.

—Ya lo creo—respondió su hermana.

—Lo que no me explico es cómo has tenido esta idea, sabiendo lo enemigo que es Jaime de todo esto.

—Es que estamos de vacaciones.

—¿Qué estáis haciendo? — preguntó Martita.

Su madre, al verla sin alboroz, le dijo:

—Ten cuidado no te enfríes, hija.

—Papá, has hecho bien invitando a Víctor aquí.

—Era natural—respondió su padre—, desde el momento que va a ser de la familia, debemos conocerlo.

Su hija le miró recelosa y no pudo menos que expresarle aquel recelo diciéndole:

—Cuando tú haces una cosa, siempre pregunto el por qué lo harás.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

Ajeno a lo que de él hablaban, Víctor le decía a Andrés:

—Oye, ¿quieres que te enseñe la brazada australiana?

—No, gracias—respondió el muchacho, a quien no le era muy simpático el novio de su hermana—, con lo que sé tengo bastante.

Salieron del agua y fueron en busca de Martita. Víctor, al verlos atareados con la comida, se ofreció diciéndoles:

—¿Quieren que les ayude?

—No—le dijo Marta—. Hoy tienen el día libre, muchachos. Disfrutad de esta playa que no conocéis.

—Marta — le dijo su esposo—. Ahora vamos a comer. Luego que se vayan donde quieran.

Comieron alegremente, y al terminar, el señor Harvey exclamó riendo:

—Bien. Ahora creo que es hora de que Martita nos dé la buena noticia.

Un color de amapola subió a las mejillas de la muchacha, que exclamó avergonzada:

—Ahora no, papá.

—¿Noticias? — preguntó Marta, que era tan inocentona que todavía no se había dado cuenta de nada.

—Sí, mujer—le dijo su esposo—. Martita ha decidido casarse con este joven.

—¿Cómo?... ¿Pero es posible?... Martita, ven acá, explícame—le dijo su madre—. Esto ha sido un escopetazo... ¿Pero es verdad que os queréis?

—Pues claro que es verdad, mujer... ¿Por qué no va a serlo? Los dos están enamorados, ¿verdad?

—Claro—respondió Víctor, sintiendo un verdadero embarazo al contestar.

El señor Harvey se dio cuenta y siguió diciendo, con gran naturalidad:

—Víctor, nosotros sólo tenemos una preocupación familiar. Nos miramos en nuestra hija y queremos que sea feliz. Yo creo que con usted lo será.

—Muchas gracias — respondió tímidamente Víctor.

—Yo también le querré a usted mucho, Víctor — le dijo Marta—. Lo único que nos preocupa es nuestra hija... ¿Qué planes tenéis?

—No lo hemos pensado aún—respondió Martita.

—No corras tanto, mujer — le dijo su esposo—. Este joven ha hablado con toda claridad a Martita. No le ha mentado y esto dice mucho en su favor. Esto demuestra que lo que siente por nuestra pequeña no es un flirteo veraniego. Le dió su palabra, y Martita sabrá esperar

un año, pasado el cual se casarán. El ha apreciado que para nosotros no hay tesoro como el de nuestra hija y ha sabido también comprender su bondad. Además, se ha dado cuenta de la sinceridad del amor que ella siente por él.

Victor sentía una gran opresión en el pecho. Empezaba a remorderle la conciencia por lo que había hecho con aquella criatura. Creyó en un principio que Martita era una de tantas muchachas que aceptan cualquier flirt sin darle importancia y por eso se lanzó a él, pero ahora se daba cuenta del daño que había hecho y hubiera dado cualquier cosa por tal de no haber engañado de aquella forma a aquella ingenua criatura. El juez se iba dando cuenta de las reacciones de Victor, pero aparentando admirablemente su ignorancia, siguió diciendo:

—Yo estoy seguro de que Víctor no será capaz de causarle ningún daño a nuestra hija, que lo único que ha hecho es amarle y confiar en su palabra. Así es que queda acordado...

Antes de que pudiera terminar la frase, Víctor le interrumpió. No podía permanecer por más tiempo callado. Su conciencia le acusaba de causar un grave daño a aquella familia honrada, y dejando hablar a

su corazón con toda sinceridad, exclamó:

—Un momento. Escuché... Ustedes son muy buenos y no quiero seguir engañándoles como hasta ahora. Ahora me doy cuenta de mi equivocación y quiero disculparme, si es que excusa tengo. Yo creí que esto no era sino... uno de esos... ¿cómo le llamaría yo?... un galanteo veraniego... Yo lo lamento mucho... Diga, Martita, ¿quiere perdonarme? Es usted una buena chica. Ahora, que nunca pensé que tomara en serio mis palabras. Yo soy casado y quiero a mi esposa. Trabaja en una tienda de modas, en Santa Bárbara... Si no fuera por eso estaría aquí conmigo. Yo nunca estudié para abogado... Yo soy lo que se llama un fantoche... Usted, señor Harvey, me ha hecho comprender la infamia que cometía con unas personas tan buenas como ustedes...

Martita le miraba, sintiendo una gran angustia. No se atrevía a interrumpirlo. Era aquello tan tremendo para ella que sus ojos no se apartaban de Víctor, hasta que éste terminó diciéndoles:

—Les ruego a todos que me perdonen. Yo me voy... Adiós a todos.

Se alejó del grupo y mientras que se marchaba, Andrés miró a todos sus familiares, exclamando:

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Bueno... ¿Qué os parece esto?

—Pues que gracias a Dios—respondió su tía—el conflicto se ha resuelto.

—Vaya qué disgusto — exclamó Marta—. Pobre hija mía.

—Calla, Marta—le dijo su marido—. Procedamos con cordura como ha procedido ese muchacho.

—La verdad es que el veraneo no ha tenido desperdicio—exclamó Andrés.

—Experiencias, Andrés, querrás decir—le dijo su padre—. Estas son experiencias de las vacaciones.

Y acariciando a su hija le animó diciéndole:

—Estoy orgulloso de tu comportamiento.

—Quisiera haberme muerto — exclamó la muchacha con esa desesperación propia de la juventud, cuando se ve contrariada por algo. ¿Cuándo regresamos?

—Muy pronto—respondió su padre—. Pero yo en tu lugar no le diría nada de esto a Gastón. El pobre muchacho te quiere demasiado para que le des un disgusto así.

El señor Harvey había lanzado el nombre de Gastón, seguro de que haría reaccionar a su hija, y tal como se lo propuso lo consiguió. Martita recordó entonces lo ingrata que había sido con él y no pudo menos que decir:

—Ahora me acuerdo. No le he escrito más que una carta... ¿Qué debo hacer?

—Pues volverle a escribir, como si no hubiera pasado nada—le aconsejó su padre—. ¿Por qué no le cuentas todas las cosas agradables de estas vacaciones?

Ella comprendió a su padre. Siempre se identificaba con su pensamiento y agradeciéndole lo que había hecho por ella se abrazó a él como una chiquilla que era, diciéndole:

—Papá, soy diez años más vieja.

—¿Y más sensata? — preguntó cariñosamente el señor Harvey.

Ella afirmó con la cabeza, mientras que su padre le decía:

—Pues entonces no hay por qué arrepentirse... No hay ser humano capaz de sacar una lección provechosa de la felicidad... Por eso las penas son tan saludables en este mundo.

Martita miró admirada a su padre. Cuánto sabía él y qué insignificante aparecía ella a su lado.

Y aquella admiración que sentía por él se la expresó diciéndole:

—Papá, quisiera ser tan inteligente como tú eres.

—Y yo quisiera tener suficiente inteligencia para pescar el pez-es-

pada—le respondió el señor Harvey echando a broma las palabras de su hija.

Al día siguiente, muy de mañana, el juez Harvey y el capitán Swanson iban nuevamente a la pesca del dichoso pez. Hasta entonces no había conseguido nada y el señor Harvey al ir a subir a la barca le advirtió al capitán:

—Esta es mi última tentativa. Hoy o nunca.

—A lo mejor tropezamos hoy con uno que sea tonto de remate. ¿Embarcamos?

—Vamos allá—dijo el juez.

Mas en aquel momento apareció Andrés gritándole:

—Papá, papá... Han traído este telegrama para ti.

El señor Harvey leyó el telegrama, y cuando se enteró de su contenido le ordenó a su hijo:

—Andrés, di a tu madre que prepare el equipaje para mañana.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó extrañado Andrés.

—No te preocupes—le contestó su padre—. Haz lo que te digo y nada más.

Y volviéndose al capitán le dijo:

—Vamos, capitán, aun tenemos que ir de pesca.

Embarcaron y aquel día la suerte

les fué propicia. Al cabo de tres horas el capitán le preguntó:

—¿Quiere que regresemos?

—No, todavía no. Oiga, capitán, ¿cómo se llama aquel sitio donde hemos ido algunos días?

—La Peña del Pájaro—le respondió el capitán—. Hay algo muy curioso sobre esto.

—¿Qué es?

—Pues he leído en los periódicos que fué comprada bajo escritura... Escritura de la guerra civil, y se podría redimir con tierras del Gobierno... La Peña del Pájaro, siendo del Gobierno, esa gente se la ha apropiado.

—Es muy interesante eso—respondió el juez, pensando en algo que él sabía de su familia. Mas no pudo decir nada más, porque en aquel instante sintió un fuerte tirón de la caña y el capitán que lo advirtió también le dijo nerviosamente:

—Empiece a contar. Empiece a contar hasta veinte.

El juez siguió las instrucciones del capitán, que cada vez más nervioso seguía diciéndole:

—Siéntese, siéntese, por favor... Ponga el agujero en la caña, digo, la caña en el agujero. Así, eso es. Juegue con él... No tire de prisa... Sin nervios... No se excite... Tenga calma como yo, tenga calma... Ya lo tiene; espere, coja el palo. Aho-

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

ra, aguante, ahora... Sin prisa, sin nervios... Mantenga las manos fuera del freno.

El pobre hombre no sabía ya dónde acudir con tantas instrucciones y el capitán seguía diciendo:

—Calma... vaya tirando suavemente...

Y, por fin, tras todas aquellas peripecias, el juez Harvey consiguió lo que tanto deseaba: pescar un pez-espada de más de cien kilos.

EL REGRESO

POCOS días después habían regresado al pueblo. Las vacaciones habían quedado interrumpidas por aquel telegrama en el cual se le daba cuenta de que Félix no podía hacer frente a la letra que el juez había avalado, por lo cual éste se hacía responsable del pago.

Lo primero que hizo el señor Harvey en cuanto llegó, fué llamar a su despacho a Félix y exigirle el cumplimiento de lo que le había prometido. El pobre hombre se excusó con él diciéndole:

—Reconozco, señor juez, que le he engañado... Mi situación es peor aún de lo que le dije... Creo que no salvaré nada y lo peor es que le arrastraré a usted a la quiebra... No quería que la gente del pueblo

se enterase de mi fracaso y esperaba poder hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y no ha sido así?—preguntó el juez sin perder su serenidad y dándose cuenta de que aquel desgraciado no era todo lo culpable que podía pensarse—. Haremos frente a lo que venga.

Félix miró al juez extrañado de su serenidad, y le preguntó:

—¿Y qué hará usted si pierde esta finca?

—Tengo otra casita ahí en las afueras... Marta y yo vivimos recién casados en ella... Nunca pudimos alquilarla... No habrá más remedio que trasladarnos allí y empezar de nuevo. Adiós, Félix, procuraré arreglar las cosas lo mejor que pueda.

Aquella misma tarde, el juez llevó a su mujer a la antigua casita donde habían vivido de recién casados. Conocía de sobras el temperamento de Marta y sabía que era una mujer lo suficientemente valiente para afrontar todas las contradicciones que se presentasen en la vida. Pero como ella no sabía nada de lo que pasaba, se extrañó de aquella visita, y le preguntó cuando estuvieron dentro de la casa:

—No sé por qué este capricho de traerme aquí.

—Sólo para ver el estado de la casa, Marta—le dijo tristemente el juez.

Ella le miró extrañada y le dijo bromeando:

—Creo que aun sigues con la fiebre de las vacaciones, Jaime.

Iban recorriendo la casa y Marta conforme iba recordando los hechos pasados, le decía:

—¿Recuerdas la emoción que tuvimos al poner la luz eléctrica?

—Ya lo creo. Tardamos tres semanas en escoger esta lámpara del catálogo.

—Esta casa guarda muchos recuerdos para nosotros, ¿verdad? ¿Recuerdas la noche en que nació nuestro primer hijo... el que murió...? Yo siempre he tenido la idea de que su espíritu se había quedado en esta casa como un duendecillo...

El juez miró a su mujer fijamente. Comprendía que era necesario decirle la verdad, y empezó:

—Marta, juntos hemos pasado muchas penas. Siempre hemos estado muy juntos.

—Es verdad, Jaime—le respondió ella—. Yo creo que esta generación no tiene idea del matrimonio ni de la familia... Yo prefiero la nuestra.

—Y yo también — respondió él, bajando la cabeza ante el peso de la desgracia que caía sobre ellos.

Su mujer comprendió que algo grave le ocurría y le preguntó:

—Jaime..., ¿ocurre algo?

—Marta—empezó diciéndole—. Suponte que los malos tiempos no han acabado... ¿Te disgustaría si tuviéramos que volver a vivir aquí?

Marta miró cariñosamente a su marido y le preguntó:

—¿Has tenido pérdidas?

—Sí, Marta. Seguramente en este momento estamos completamente arruinados.

Apareció nuevamente la mujer de su casa, la esposa amante que sabe compartir con el marido toda su vida, la esposa que sabe darle ánimos y ser el aliciente de sus desvelos, diciéndole:

—Jaime, mucho ha sido lo que en esta casa tengo sufrido y trabajado, y estoy segura de que no me moriré por hacerlo otra vez.

El la abrazó emocionado. Sabía que así le respondería. Era así como entendían los antiguos el matrimonio, y exclamó:

—Gracias, Marta... Te agradezco lo que me dices.

—¿Cuándo nos mudamos?—preguntó ella sin darle importancia para aminorar el pesar de su esposo.

El la miró fijamente. Brilló algo en sus ojos y una resolución firme se afianzó en él al ver el valor de la compañera santa y exclamó:

—Si tú demuestras tanto valor no sería digno de ti si yo me acobardara... Tal vez no tengamos que mudarnos... Volvamos a casa... He de meditar sobre esto.

Poco después, encerrado él solo en su despacho, contemplaba la fotografía del magnífico pez-espada que había pescado en Isla Catalina, y murmuró:

—Quisiera estar allí otra vez pescándote, amigo... Navegando con el capitán por los alrededores de la Peña del Pájaro... Aquello era vida... ¡Peña del Pájaro!

Y el nombre de Peña del Pájaro trajo a su memoria algo que podía ser su salvación en aquellos momentos tan difíciles. Llamó a su mujer gritando:

—¡Marta!... ¡Marta!... ¡Marta! El primero que llegó fué Andrés

que había oído los gritos de su padre y preguntó extrañado:

—Bueno, ¿pero qué pasa aquí?

—Déjame, Andrés—le ordenó su padre.

El pobre muchacho salió del despacho y poco después salía también su madre, después de haber hablado con su esposo, y le dijo al chico:

—Se trata de la escritura de la guerra civil del abuelo Harvey. Y no molestes a papá porque está muy preocupado.

Pero sin que entrara Andrés fué el mismo juez quien le llamó para decirle:

—Anda, Andrés. Si revolvemos bien toda la casa, estoy seguro que encontraremos esa escritura.

Y junto con su padre se puso a buscar la escritura que no aparecía por ningún sitio.

Pero de aquel trabajo lo sacó la voz de Polita. Olvidándose de la importancia que tenía el encontrar la escritura, salió a su encuentro y la muchacha, después de saludarle, le dijo:

—He pasado unas vacaciones de lo más estúpidas y aburridas... ¿Y tú te has divertido?

—Yo, sí.

—Oye, te encuentro algo cambiado.

—¿De veras?

—Pareces más viejo.

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—Es que he corrido mucho —respondió Andrés.

—¿Había chicas?

—Algunas... Un par de ellas... Sus madres estaban en Reno.

—¿Y por qué no dices que te alegras de verme?

—Ya te dije, Polita, que he corrido mucho.

La madre de Polita interrumpió el coloquio de los dos muchachos, llamando a Andrés y diciéndole:

—Andrés, tu madre te llama.

—Gracias, señora Benedicto.

Entró en su casa y allí se enteró de que su padre se había marchado y tuvo él que seguir con su madre buscando aquella dichosa escritura.

Al día siguiente se presentó Félix preguntando por el juez, y Marta le dijo:

—No está aquí mi marido. Ha salido para la capital.

—Pero si la subasta se ha de celebrar a las doce... ¿No dejó ningún recado?

—Sólo dijo que volvería cuanto antes.

—Lo menos que podía haber hecho—murmuró Félix—era quedarse aquí para dar la cara juntos.

Marta le miró severamente y exclamó:

—No hables de esa manera. El juez Harvey no le teme a nada ni a nadie.

—Perdóneme usted... La culpa es mía que no debí permitir que el juez avalara la letra... Se apropiarán del dinero y se echarán encima de esta casa.

—Lo mejor que podemos hacer es ir a ver la subasta—dijo Marta.

Llamó a sus hijos y confiándole a Andrés el coche, salieron en dirección del campo donde la subasta tenía que celebrarse. Pero Andrés quiso recoger primero a Polita para que fuera con ellos y, todos juntos, emprendieron la marcha hacia aquel lugar. Andrés iba distraído llevando a su lado a Polita, y en más de una ocasión su madre tuvo que advertirle que pusiera atención al volante, hasta que por fin llegaron donde estaban reunidos los demás que habían de comparecer a la subasta.

Una vez allí, Félix trató de convencer nuevamente a Carlos, y le suplicó:

—Oiga, Carlos, ¿no ve la manera de concedernos un nuevo plazo?

—El asunto no está ya en mis manos—le respondió el otro tranquilamente.

—Es que yo arrastraré a la ruina a un inocente.

—Esto ya está discutido, Félix; usted firmó la letra y Harvey la avaló. Yo sólo pido lo que es mío.

El sheriff iba a dar comienzo a la

subasta cuando apareció un avión que daba señales de pretender aterrizar en aquel campo, como así lo hizo minutos después.

De él descendió el juez Harvey y saludó a su mujer diciéndole:—

—Hola, Marta. Ya está todo arreglado.

Y dirigiéndose al sheriff le dijo:

—Un momento. Sheriff, le agradezco su presencia en esta propiedad.

—Perdóneme, pero estoy subastándola.

—Querrá usted decir que iba a subastar.

—¿Qué significa esta farsa?— exclamó Carlos intranquilo.

—A usted le parecerá una farsa —le dijo el señor Harvey—, pero este terreno es mío, comprado y registrado por mí... ¿No ha oído usted nunca hablar de una cosa que se llama Ley? Yo, después de ejercer durante veinte años, tengo una pequeña idea de lo que es... Esta tierra es propiedad del Gobierno y la he comprado de acuerdo con una antigua ley que dice que las escrituras de la guerra civil se pueden canjear.

—¿Del Gobierno esta tierra?— exclamó Carlos, que veía perderse aquel sucio negocio—. ¡Usted está loco!

—Cuando se vote el proyecto del

acueducto—siguió diciendo el juez —la tierra que fué cedida a Carlos Wells y que éste a su vez vendió a Félix Redmond, revirtió al Gobierno y por este terreno del Gobierno he canjeado mi escritura.

—Pero, señor juez —le dijo el sheriff—, ¿y el registro de sus derechos? ¿Y esa escritura de la guerra civil?

—¡La tenemos, papá!—exclamó Andrés, entregándosela.

—He aquí una familia diligente, sheriff; siempre está a punto.

Y acercándose amenazador a Carlos, le dijo:

—Carlos, yo, en su lugar, me marcharía en el primer tren lejos de aquí. Procuraría alejarme antes de que estudiáramos el asunto con más calma.

Y Carlos, comprendiendo muy razonable el consejo del juez Harvey, sin pronunciar palabra se fué de allí, mientras que Polita y Andrés miraban de cerca el avión donde había llegado su padre y le decía aquella::

—¿Verdad que es bonito?

—Ya lo creo. Me metería aquí dentro y mañana en Isla Catalina.

—¿Qué es lo que te ha entusiasmado tanto en Catalina? —le preguntó algo celosilla.

—Es que aquello es maravilloso... Es grande...

LAS VACACIONES DEL JUEZ HARVEY

—¿Cuántos días estuviste en Ca-
talina?

—Quince días. — respondió An-
drés.

—Pues no has prosperado nada
—le dijo.

—¿Que no? — exclamó el chico
cogiéndola con intención de besar-
la. Pero oyó la voz de su padre que
le miró severamente, y el chico se
disculpó diciéndole:

—Oye, papá, de hombre a hom-
bre, estaba enseñando a Polita lo
que no debemos hacer.

—Muy bien, Andrés — terminó
diciéndole su padre—. Ya que todo
está arreglado, volvamos a casa...
Ah, pero esta vez conduciré yo, ¿eh?

Y alegres otra vez la familia Har-
vey regresó de nuevo a aquel ho-
gar donde tantas horas felices les
aguardaba todavía.

Recuerde este título

**JARDIN
& PAPEL**



Los artistas célebres-Las grandes producciones-La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamca la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y
El bailarín pirata	Robert Taylor
Mamá se casa	Charles Collins
Maria Estuardo	Lil Dagover
Melodía de Broadway	K. Hepburn
Los dos pilletes	Robert Taylor
Apuesta de amor	Jacques Taval
La vuelta de Aménio	Gené Raymond
Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
Bajo el manto de la	
noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennet
	C. Grant
La mujer sin alma	John Boles
El dominó verde	Danielle Darriux
Damas del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su com-	
ñera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los defensores del cri-	
men	Richard Dix
Una aventura de la	
Pompadour	Kate de Nagi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willi Birgel
Titanes del mar	Víctor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothorn
Maria Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Pygmalion	Leslie Howard
La quimera de Holly-	
wood	Nino Martini
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aix	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga

Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
	C. Gardel
En busca de una canción	Luchy Soto
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Leyenda rota	Juan de Orduña
El crimen de mediano-	
che	Ramón Pereda
Martingala	Niño Marchena
Rápteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-	
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lio?	Maruja Tomás
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de los	
elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
El sobre lacrado	L. Gargallo
Carmen, la de Triana	I. Argentina
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los	
de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghon
Molinos de viento	Pedro Terol
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Las vacaciones del juez	
Harvey	Mickey Rooney

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligeró
Estrellita Castro	Shirley Temple
Alfredo Mayo	Melvin Douglas
Manuel Luna	Antonio Vico

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(VII EPOCA)

LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
LOS MAS CELEBRADOS AUTORES
LOS MAS GRANDES EXITOS

Precio: 2'50 pts.



CELEBRIDADES
DEL CANCIONERO

6 de mayo de 1924

R A M P E R



CANCIONERO
POPULAR

30 octubre de 1931

Carlos Gardel

PEDIDOS:

EDITORIAL "ALAS" :: Apartado 707 :: BARCELONA

